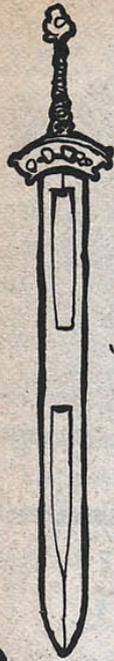


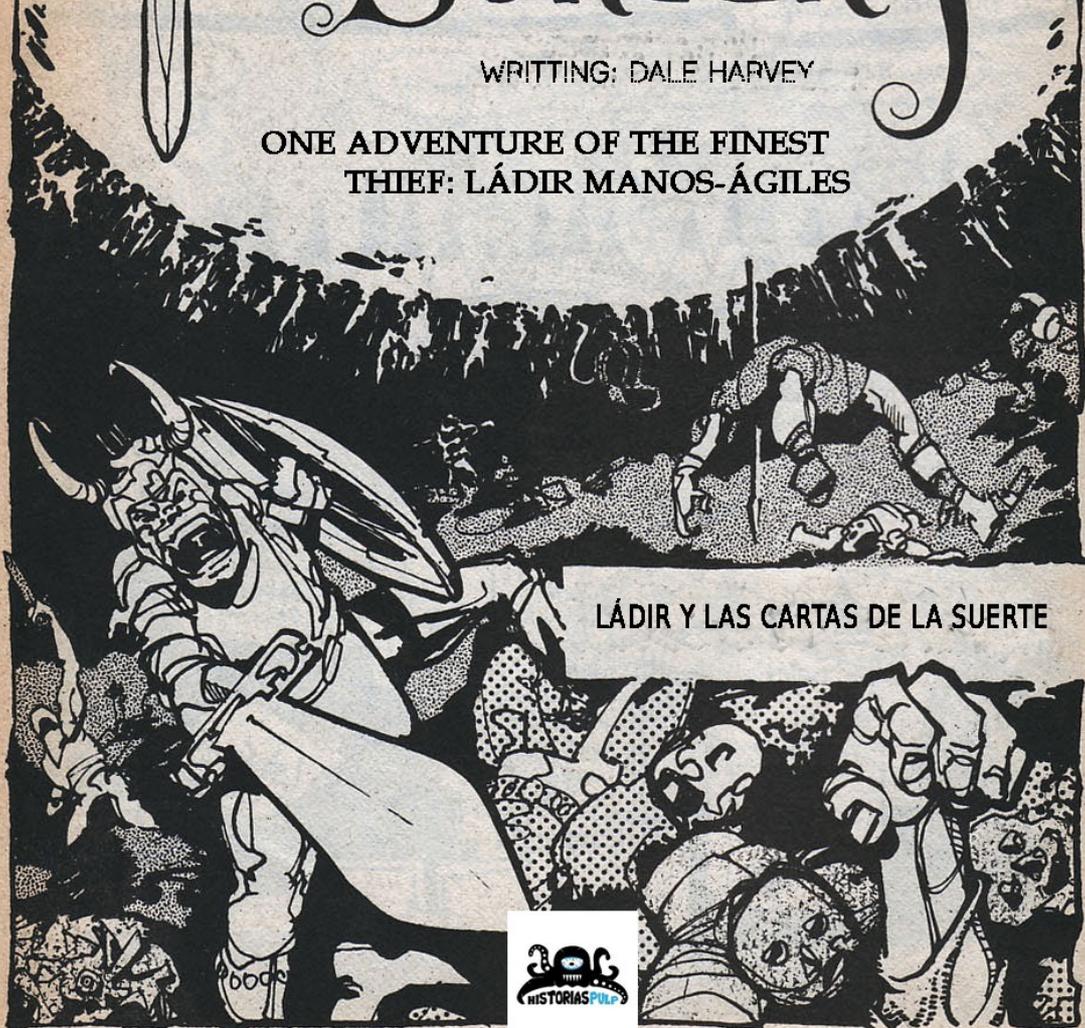
OCTOBER 2018



A TALE OF SWORD & SORCERY

WRITING: DALE HARVEY

ONE ADVENTURE OF THE FINEST
THIEF: LÁDIR MANOS-ÁGILES



LÁDIR Y LAS CARTAS DE LA SUERTE



Ládir y las cartas de la suerte

© Dale Harvey. Alicante. 1993.

Un relato en exclusiva para [Historias Pulp](#).

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivados 3.0.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la copia y distribución de este ejemplar para uso privado sin ánimo de lucro, siempre que se cite la autoría y la procedencia y que el contenido no sea modificado. No se permite la creación de obra derivada, salvo autorización expresa del autor. 2018.



Capítulo I

—¡Frul eres un tramposo!— se quejó la fina voz de Ládir Manos-ágiles.

—Sí, Ládir tiene razón, no debes mirar por encima del pañuelo— le apoyó su nuevo amigo, Randor.

Hacía pocas horas que se habían conocido. Sendas manos se habían posado sobre la misma naranja de uno de los puestos de frutas del mercado. Al principio recelaron uno del otro, un segundo de titubeo, una mirada significativa, pero una vez las naranjas en sus bolsillos, salieron juntamente a la carrera entre risas y nervios compartidos.

—Supongo que no dirás palabra de esto— bromeó el desconocido, aún tembloroso por la emoción, clavando sus claros y resueltos ojos en la figura de Ládir.

Hubo algo en la actitud del muchacho, ya fuera su aplomo, ya fuera la promesa de lealtad que translucía su mirada, que agradó a Manos-ágiles y fue a partir de ahí que en sus corazones nació una profunda camaradería, que, con el trascurso de los años y de los acontecimientos y aventuras en que se verían envueltos, se tornaría inquebrantable amor fraternal.

—Ven, te presentaré a los demás— le invitó Ládir tras unos instantes, no pudiendo resistir la tácita observación a la que le sometía su nuevo amigo, como suplicándole esa misma decisión. De todos modos, desde el preciso momento en que robaron la naranja, la decisión ya se había asentado en su mente—. Será divertido

Si bien Ládir era huérfano desde corta edad, no teniendo más ayuda que sus manos y su inteligencia, Randor, que así se había presentado, residía junto con sus tíos en una cochambrosa alcoba que hedía profundamente a humedad y al característico tufo etílico de los que gustan abusar de la bebida. Aunque la mayoría del tiempo lo pasaba en las calles. Aún no conocía la ciudad y, con lo que ya se estaba convirtiendo en molesta frecuencia, se perdía por los intrincados barrios de idénticas fachadas de madera; esta era otra razón que le obligaba a deambular sin rumbo. Tampoco a sus tíos les importaba este hecho.

El Manos-ágiles frecuentaba las afueras de la ciudad. Allí, se decía, podían espiar a hermosas jóvenes que lavaban sus ropas en el río y con

suerte, sorprenderlas en plena desnudez. Y allí habían construido una cabaña en la que dormían las calurosas noches de verano. A tal lugar lo conducía el ladronzuelo.

Al verlos llegar, los otros chicos contemplaron a Randor de hito en hito, sin tapujos para su desdén. Sin embargo bastó una palabra de su jefe para que las muecas hostiles desaparecieran.

—Este es Randor y a partir de hoy será uno de los nuestros.

¿Quién de ellos se atrevía a cuestionar tan rotunda afirmación?

Pero todo esto había sucedido poco después del amanecer. Ahora rayaba el mediodía y estaban sorteando quién traería la cena esa noche. Para lo cual uno se vendaba los ojos y elegía, o mejor diremos capturaba a otro, a ciegas, de manera que no hubiera quejas ni disensiones.

Frul daba vueltas y más vueltas en torno a sí mismo mientras los demás le asestaban puntapiés en el trasero. Los lentos reflejos del orondo muchacho le propiciaban una tremenda tunda siempre que le tocaba vendarse.

—¡Ya te tengo! —por fin cogió a uno de los vapuleadores.

—Vaya, otra vez yo —gimió Turol, uno de los veteranos del grupo, pateando el suelo.

El resto encontró jocosa la situación y se tiró sobre él en cariñosa confusión de abrazos y capones. Sus juveniles carcajadas resonaron desenfadadamente por los aires.

Así transcurrían la mayoría de los días, jugueteando, metiéndose en pequeños embrollos, descuidando los problemas, las intrigas de una ciudad que amenazaba devorar al que desmaya o al que relaja la guardia. Y Randor acogió esta nueva forma de vida con la halagüeña perspectiva abierta a sus ojos. Sus tíos, acaso, no acusarían su ausencia, tan ocupados se hallaban en sus botellas de aguardiente.

—¡No será fácil!, muchos días no tenemos que llevarnos a la boca y otros los pasamos en prisión o huyendo de furiosos tenderos— le declaró Ládir con esa desenvoltura de la experiencia, consciente de que él era el responsable directo—. La mayoría de nosotros desconocemos qué es dormir en una cama con mantas ni estar a resguardo del frío y la humedad del invierno.

—Lo comprendo— fue la seca respuesta, habiendo brillado en la mirada aquella determinación férrea que de tan profundo modo impactara al Manos-

ágiles. A la que acompañó un atisbo de tristeza que quería decir muchas cosas.

—¡Bien!— todos lo abrazaron en muestra de calor.

Ya nunca más iba a estar solo, desprotegido. Y esto lo sabía.

Así fue como Ládir y Randor unieron sus vidas.

Al siguiente día, dolorido y satisfecho, Randor fue sacado de su sopor por los zarandeos de Ládir. Nunca antes hubiera imaginado tan confortables las ramas de un árbol como lugar de pernocta. Inconscientemente, orientó la cabeza del modo que tenía acostumbrado para buscar la luz del sol en su ventana. En contraposición distinguió un pajarillo que lo observaba interesado. Las brumas de la noche se habían disipado y el globo áureo flotaba en su bóveda esparciendo luminosidad a los espacios. Ya todo el grupo estaba en pie, contemplándole, aguardándole.

—Vamos holgazán— le apremiaron, — ¿es que no tienes hambre?

—Sí, sí— les respondió distraídamente como si no estuviera allí. En realidad su mente viajaba por otras esferas, acostumbrada a los relajados despertares de su hogar.

Aquella mañana fue provechosa para él, su amigo le instruyó en el arte de la ratería; dónde podía meterse y dónde no; qué lugares frecuentar y qué personas evitar. De todos era conocido que en la ciudad proliferaban las organizaciones clandestinas, peligrosas hermandades de muerte e intriga. El mismo gobernador era una especie de títere que se mantenía al margen de todo cuanto pudiera allí suceder, dejando que los diferentes gremios se solventaran sus disputas y le dejaran en paz con sus migajas de agradecimiento. Podía decirse que la ciudad pertenecía al hampa. Ellos, al fin y al cabo, si en menor escala, también pertenecían a ella. Nada de lo que pudieran tramar o hacer se les pasaba desapercibido a sus escrutadores ojos, que lo espiaban todo sin cesar.

—¿De verdad?— repetía, asombrado, Randor al oír el relato de sus compañeros, quienes sensibles a su inexperiencia en la calle, le hablaban en un tono misterioso, agravando la voz.

—Hace años que el rey retiró a sus recaudadores. Cada vez que oye mencionar esta ciudad sus pelos se le erizan de miedo. La guardia que permanece aquí aún es más corrupta que los propios truhanes. Llegará el día en que los asesinos y los contrabandistas tomarán el poder absoluto. Te lo aseguro, este es un nido de avaricia, ruindad y bajeza.

El asustado Randor escudriñaba las calles de su alrededor como si en ellas se agazaparan toda suerte de maldades y pesadillas. Los chicos se reían ante su faz lívida.

—¿No te hemos contado lo que sucede por las noches?— Más carcajadas.

Prontamente pasó el mal trago, pues la voz del jefe innovó planes para esa jornada:

—Visitaremos a Bolvakan, el buhonero.

Bolvakan era uno de los cientos de personajes que aparecían y desaparecían por entre el tumulto de la ciudad. Era uno de los cientos de personajes que amoldaba la vida a su conveniencia. No obstante, a Ládir le servía de incalculable ayuda.

Pese a que lo conocían desde hacía un periodo de tiempo relativamente corto, a todos resultaba tan familiar como si la mayor parte de sus vidas hubieran estado con él. Tal vez por lo ufano de su carácter, tal vez por lo pródigo, tal vez por la información que les reportaba.

Poco importaba.

Así que se llegaron al habitáculo del buhonero, un hediondo tramo de alcantarillado en desuso que había habilitado para su manejo particular. La boca de desagüe realizaba la función de puerta, de la que un ajado retazo de tela se descolgaba en parca barrera contra las nubes de insectos que pululaban los innumerables charcos de agua estancada que apestaban el lugar.

Bolvakan se sentaba en la entrada todas las mañanas a la espera de que llegaran las oleadas de niños vociferantes y risueños, que se abalanzaban sobre su anciano cuerpo encorvado con los brazos extendidos y la expresión ansiosa. Entonces les regalaba cuentas de cristal, cintas de colores o les mostraba sombrías cartas, asegurándoles que eran arcanas y prohibidas. Todo esto lo hacía en medio de impresionantes chácharas y exagerados ademanes.

Luego desaparecía para no se sabe qué asuntos hasta el día siguiente. A parte de su nombre y morada, nada más conocían los frecuentes visitantes.

—¡Ah, hola Ládir! Veo que traes un nuevo amiguito— saludó el viejo, guiñando toscamente mientras señalaba a Randor.

—Es genial, lo conocí ayer.

—Bien, bien, perfecto. ¿Vamos a ver, qué os trae por aquí, una historia, un truco malabarista, porque no será mi compañía? ¿Eh, bribonzuelos?

Nuevos guiños y sonrisas.

—Bolvakan, tú siempre tan bromista. Me pregunt...

—Te preguntabas si yo tendría algo para vosotros. ¿Verdad? ¿Un trabajito?

Los muchachos se miraron con complicidad, algunos de ellos rizándose tímidamente los cabellos en muestra de apuro, un leve matiz de rubor pintándoles el semblante.

—Pero no os preocupéis, mis queridos amigos, yo os aprecio mucho, ¿os he dicho que sois mis favoritos?—efectuó una afectada pausa—. Puede que tenga algo —se miró distraídamente los zapatos con el objeto de moverlos a impaciencia. —Sí, de hecho lo tengo—. Seguidamente trasladó sus ojos a ellos, adoptando aire sombrío, para luego continuar jovial. Los chicos apretaban los puños de pura excitación—. No sé si debo hablaros de algo tan importante. Eso es tarea para hombres hechos y derechos.

A Ládir le enojaba enormemente que se le llamaran inmaduro mediante indirectas. Él tenía la experiencia de atrocidades que habrían enloquecido a rudos guerreros. En su mente se paseaba el episodio del alquimista.

—¡Oh! Vamos Bolvakan, sabes de sobras que estamos preparados para cualquier peligro. —aunque de manera inconsciente miraron a Randor.

El anciano buhonero giró rápidamente su cabeza a ambos lados, rodeándose de incertidumbre, después asintió y efectuó un gesto de premura para que entraran en su hogar, si así podía considerarse.

—Quiero que sepáis que si algo falla, yo seré el único responsable. No me gustaría que pesara sobre mi conciencia— les advertía severamente en tanto los guiaba por un pestilente conducto tan negro y aciago como la misma noche.

Los jóvenes le seguían, manifiesta su repugnancia en los labios

contraídos. Si de súbito las paredes se recalentaran, les figuró, no dudarían en asegurar que descendían directamente a los infiernos. Solo la extrema sordidez del suelo, a cuyos calzados se pegaba, les mantenía en el mundo terrenal.

Al final del corredor se abría una cámara de reducidas dimensiones, que al poco se iluminó con la luz de un candil. Salvo sombras fantasmagóricas que se dilataban y contraían al ritmo oscilatorio de la llama, allí no vislumbraron nada más que un catre de paja y una mesa desvencijada, rodeada por sillas igual de desvencijadas. A una indicación suya, tomaron asiento, no muy seguros de si la madera se partiría bajo su peso.

—Ay, mis pequeños amigos, de modo que ya queréis ser hombres. Pues yo os voy a ayudar—. Les hablaba buscando algo en los bolsillos. Por fin lo encontró: una baraja de naipes. Frente a la curiosidad mostrada en los rostros de los muchachos, prosiguió negando incontables veces como si tratara de girar la cabeza en derredor del cuello—. No temáis, no voy a hacer uno de mis aburridos trucos. Desde ahora tendré que trataros como a hombres ¿no es eso lo que queréis?

Así era, mas no de semejante manera, con ese enervante ríntintín. Ládir detectaba cierta ironía inusual en el timbre.

—Estos naipes son muy especiales, yo mismo los he pintado y ahora se convertirán en un presente para vosotros, mis pequeños aprendices de valientes.

Los mostró con orgullo, sin permitir que las manos voladoras de los jóvenes los asieran. Siempre empleaba la misma táctica para dar énfasis a sus parrafadas. Al tiempo que Bolvakan las hacía girar hábilmente entre sus rápidos dedos, ellos sólo atisbaron simples cartas de juego, con la particularidad de que en el reverso, los trazos refulgentes del dibujo de un guerrero, de una dama o de un monstruo horrendo, prendían sus miradas de invencible modo con cada nuevo giro. Casi tuvieron que restregarse los ojos para no caer hipnotizados.

—Sólo dos recomendaciones: una, conservadlos junto a vosotros en todo momento. Os traerá fortuna en venideros trabajos. Dos. Nunca los miréis fijamente— aquí se cortó abruptamente, entornados los ojos hasta meras rendijas de amenaza, acentuadas por un tono oscuro y misterioso—: Podrían adueñarse de vuestras almas.

Los muchachos sonrieron entre divertidos y asustados. Les entregó una a cada uno de ellos, y a la hora de elegir la carta, el temblor de la mano lo impedía. A su ingenuidad candorosa y susceptible inquietaba cualquier relación con lo sobrenatural o la hechicería, cosas que en su mundo formaban parte de lo cotidiano. Y aquello tenía visos de serlo.

Pero he aquí que una risilla aguda, traviesa, emitida por el buhonero, disipó la tensión que empezaba a cargar el ambiente. Aunque ninguno de ellos se percató del suspiro de alivio que escapó de su boca al meterse el resto de la baraja en el bolsillo, una vez efectuadas las respectivas elecciones.

—¡Cuán afortunados podéis consideraros! A nadie antes de vosotros había regalado uno de mis preciosos naipes ¿verdad que lo son?

—Es realmente maravilloso, estamos muy agradecidos.

El que hablaba era el Manos-ágiles, si bien con esto no quiso expresar que estaban sorprendidos por el regalo, tan similar a otros tantos entregados anteriormente con la teatralidad acostumbrada. El tono de su voz indicaba que esperaba algo más.

¿Eso es lo que iba a convertirles en hombres, portar en los bolsillos unas cartas de la suerte? Se mofó para sus adentros.

Sí, eran de una belleza cautivadora, pero para ellos eran igual de valiosas que podían serlo aquellas cuentas de colores que tan a menudo obsequiaba a todo el mundo. Tanto parloteo comenzó a irritarles. El viejo, al punto comprendió las nerviosas miradas que se dedicaban unos a otros.

—¿Os aburro? Perdonad, amigos míos, no era esa mi intención. Os he hecho penetrar en mi humilde morada para estar apartados de oídos indiscretos y porque confío en vuestra discreción—. Bajó la voz hasta un imperceptible hilo—: En la calle de los tejedores hay una cierta persona, Gorfán, que anda buscando chicos valerosos para un encarguito— esbozó una sonrisa— ya me entendéis. Os pagará bien, es influyente, y si le complacéis, encontrará siempre algo que ofreceros, estad seguros. Dirigios a «El Peplo de Oro», él estará allí. Ahora idos. ¡Vamos, vamos, jovencitos!.

Cuando casi estaban en el exterior llegó a ellos su voz ruidosa:

—Conservad los naipes.

Ya afuera, a resguardo de su implacable palabrería y de aquel horrendo hedor, inspiraron hondamente la agradable brisa matinal. Mas, antes de

abandonar el cubil del buhonero, le dedicaron una postrera mirada cargada de recelo. Habían salido un tanto turbados de allí, una inefable sensación de alarma punzándoles la nuca.

Durante el trecho a la cabaña, cada uno, interiormente, sopesaba las ventajas y beneficios de aceptar un trabajo de aquella envergadura. “No sé de qué te alarmas”, se reprobaba Ládir, “¿qué otra cosa aparte de sus cuentas de cristal podía ofrecerte?”. Claro estaba que necesitaban una oportunidad para medrar en la vida, sin embargo siempre habían imaginado algo más limpio; aceptar ese encargo significaba meterse de lleno en un mundo incomprensible, imperdonable, mezclarse con gente desalmada que desdeñaba la muerte, ser tragados por el torbellino de la perdición. ¿Acaso estaban preparados para ello, no era eso lo que querían, hacerse hombres y que dejaran de tratarlos como a unos mocosos? Se dijeron en su fuero interno, resonando las palabras del viejo, que tanto desagrado les había generado.

Irremisiblemente, sus cerebros juveniles se poblaron de un miedo sombrío que oscurecía el entendimiento. Quizá era el precio a pagar por la madurez.

—Creo que debemos de hablarlo entre todos y sacar una conclusión según el criterio de la mayoría— dijo Ládir al apercibirse de los ceños enfurruñados de sus amigos.

Por más sincera que fuese la propuesta, él mismo sabía que al final se dejaría el asunto en sus manos. Habiendo aceptado su liderazgo hacía mucho, en contadas ocasiones le discutían cosa alguna. Aun así, él quería que entre ellos imperara la justicia, o, en todo caso, la confianza ciega en lo acertado de sus decisiones, pero nunca el capricho de un jefe déspota.

—No sé, Ládir— se lanzó Frul, con voz temblorosa y embarazada. Cuando había algo que discutir, algo molesto y desapacible, era él quien se erigía en portavoz del resto del grupo. Esa era una de dichas ocasiones. Los otros ladeaban el rostro para ocultar su rubor a los ojos severos e imperativos del jefe, que aguardaba, paciente, a que aquel finalizase el turno—. Bolvakan nos decía dónde encontrar comida o dónde un borracho dormía a la mona para que le quitáramos la bolsa, pero esto es involucrarse en temas más serios, el asesinato quizás. Si nos metemos en el terreno del Gremio, podríamos hasta resultar muertos todos.

El manos-ágiles se llevo las manos a la cabeza como el que escucha

barbaridades.

—Exageras, Frul, aún no sabemos si nos aceptarán y tú ya piensas en muertes. ¿Podemos negarnos, no? Los soldados matan a diario, los senadores son envenenados, así es la vida en una ciudad decadente como esta. Debemos espabilarnos ya.

—Nosotros somos jóvenes para afrontarla —perseveró en sus temores.

Entonces se alzó la voz de Randor, tajante y atronadora, por encima del forzado silencio a que el miedo dio lugar. Su cuerpo endeble y bajo pareció engrandecer hasta lo infinito, envolviéndolo todo con su implacable voluntad:

—¿Qué sé yo de los asuntos de los hombres? ¿Qué sabemos nosotros? Sólo se trata de comer, de vivir. ¿A qué tanto miedo por crecer? Si es así, entonces dediquémonos a jugar todo el día mientras nuestros estómagos rugen de hambre. Esta es una buena oportunidad para abandonar las calles y conseguir algo de dinero para nosotros.

Las que tal reprimenda proferían no eran sino la rabia y la frustración en boca de un muchacho que veía escurrírsele por entre los dedos la prosperidad, no habiendo conocido otra cosa que la miseria en el deshecho hogar de sus tíos, a causa de la estupidez fantasiosa alentada por un viejo charlatán en sus mentes crédulas.

El primero en reaccionar frente al exabrupto fue Ládir, quien enseguida comprendió el significado de lo que su amigo había expresado. Los demás, cohibidos, apartando piedrecillas con la punta del pie, todavía pugnaban por salir del estupor y de la nube de oscuridad en la que el buhonero les había sumergido.

Simplemente habían sacado las cosas de contexto, se habían dejado llevar por sus arteras palabras, que solamente buscaban su sugestión, amedrentarlos como vulgares conejillos asustadizos. ¡Cómo si no conocieran al viejo!

“La culpa es nuestra por prestar demasiada atención a sus locuras” Se dijo, “acuérdate de Sixto, que a veces le hace encargos al carpintero o del hijo del carretero, que utiliza el carro para otras personas”. A eso lo llamaban ellos un encargo.

—No le demos más vueltas. Seguro que es algo fácil de hacer. Quizá el hombre está justo de tiempo para sus recados y necesita a unos chicos veloces

para que se los hagan— les calmó.

Sin embargo en lo más recóndito de su ser abrigaba la sospecha de que sus relaciones con Bolvakan les acarrearían algunos problemas. Era ese palpito tan fino que siempre le había acompañado el que se lo decía.

—Ea, no hablemos más, esta tarde iremos a por ese trabajo— sentenció.

Mientras tanto, las bonitas cartas de cartón descansaban en sus bolsillos, completamente olvidadas por sus nuevos propietarios.

Capítulo 2

Hasta bien entrada la tarde, cuando los comercios cierran las puertas y la gente se prepara para una noche más de acechanzas y conspiraciones, el grupillo no pudo apartar de su mente otros pensamientos que la confusión y el temor por un lado, los nervios y la emoción por el otro. Todo su desasosiego se reducía a una cuestión de conciencia, de escrúpulos. Robar para comer era sobrevivir, lo hacían todos los días; robar para medrar era un acto criminal, si los sorprendían, podían acabar sus días en la cárcel y eran muy jóvenes para eso. A ninguno de ellos les quedaba duda alguna de qué clase de trabajo les iban a dar.

Ahora se trataba de engañarse lo suficiente como para que lo segundo se pareciera lo máximo posible a lo primero con el objeto de apaciguar el conflicto interno de su alma.

La calle de los Tejedores. Curioso lugar para lo que iban buscando. El Peplo de Oro era una de las cien tiendas de confección que atestaban la calle. Allí se podía encontrar desde el último modelo de la corte hasta el más modesto calzón de lana. Por unas monedas, decenas de atentísimos y diligentísimos comerciantes se apilaban en torno a un cliente; tan despiadada era la competencia. Se situaban en las puertas de sus negocios, mirándose con ese desafío voraz, esperando oír el dulce tintineo del dinero aproximándose.

Los jóvenes ladronzuelos, encabezados por el Manos-ágiles, se llegaron allá, deteniéndose frente a un escaparate, que más bien era una ventana transformada para tal cometido. Eso era el Peplo de Oro, un ventanuco sucio, al lado de una puerta carcomida y unas letras góticas, pintadas a mano, sobre el quicio de la misma. No podía atisbarse nada en el interior a causa del polvo solidificado en el vidrio. Respiraron multitud de veces antes de reunir el valor necesario para entrar. Sentían así como si mil abejas zumbaran dentro de ellos, latiéndoles el corazón a un ritmo incontrolado.

La puerta chirrió sobre sus goznes. Enseguida les sacudió una arrolladora marea de olor a humedad y ropa vieja. Quizás en siglos nadie había traspasado aquel umbral, pensaron, a la vez que se empujaban unos a otros al

entrar con pasos trastabillantes. Bajo la tenue luz y una neblina casi tangible distinguieron un par de ojos expectantes tras unas gafas.

—¿Sí?— Preguntó un hombre de aspecto desaliñado, cuyos cabellos, ralos y grasientos, difícilmente protegían su incipiente calva. Su vestimenta alguna vez habría sido colorida, si bien en esos momentos la mugre lo ocultaba todo.

Todo en su actitud denotaba que había tomado esa incursión igual que si hubieran entrado un grupo de molestos pedigüños a perturbarle con sus ruegos. Los contempló lentamente, recorriendo sus imberbes cuerpos, ofendido y divertido a la vez.

Randor se preguntaba si el viejo Bolvakan no les habría gastado una jugarreta, aunque, si lo pensaba bien, aquellos dos hombres muy bien podrían ser socios, a juzgar por la suciedad que se adhería a sus cuerpos.

—Buscamos a un hombre llamado Gorfán—. Ládir tomó las riendas. Su voz no contenía temor.

El tendero continuaba contemplándolos por encima de las gafas, ceñudo, sin despegar la mirada de ellos.

—¿Y qué os hace pensar que aquí lo ibais a encontrar? —masculló, adelantándose hacia ellos por encima del mostrador—, aquí no queremos mendigos.

El Manos-ágiles escudriñó aquellos ojos y adivinó el juego que amagaban.

—Vámonos, chicos, está claro que este gruñón no es el que buscamos—. Empleó un tono desengañado, la mirada de soslayo en su figura mientras se giraba hacia la puerta.

—Un momento— les increpó el hombre al ver que se marchaban—. Yo no he dicho que no sea el tal Gorfán.

Entonces se volvieron con rapidez. Ládir era incapaz de borrar el triunfo de sus labios.

—¿Quién os manda?— continuó.

El juego continuaba, aquella era una pregunta con trampa que no pasó sin que el ladronzuelo se percatara.

—Se equivoca usted, señor, a nosotros no nos envía nadie. Simplemente veníamos en respuesta de un rumor.

El tendero sonrió para sí al tiempo que se quitaba las lentes. De pronto su rostro había rejuvenecido notablemente. La luz de un candil arrancó un brillo de un diente de oro, que sobresalió de su boca desdentada.

—Me gustáis—. Efectuó una señal para que se acercaran, la voz casi en un susurro—: Yo soy Gorfán, mis queridos amiguitos.

El grupo de pillos esbozó sonrisas deformadas por incontenibles nervios en tanto que seguían a Gorfán a una estancia contigua. A pesar de la iluminación precaria el fulgor de la emoción relucía en sus ojos. Allá dentro, todo vestigio de desorden y enrarecimiento había desaparecido. Las cortinas mohosas se trocaron en suntuosos tapices, el brillo del oro dañó sus pupilas acostumbradas a la penumbra del establecimiento. Cualquier ruido que pudieran originar sus calzados era amortiguado por mullidas alfombras. Todo esto sin que salieran de su perplejidad, arrobados por la riqueza que se desplegaba ante sus ojos estupefactos. Sólo con lo que había en esa habitación podrían comprarse un palacio para ellos solos, se regocijaron.

—¿Tenéis alguna experiencia?

Ládir asintió, rememorando las veces que había tenido que sustraer esta o aquella cartera.

—Bien. Escuchadme con atención, muchachos, sólo os lo diré esta vez — los gestos adoptaron el mismo aspecto severo que la voz, que resonaba con la autoridad del que está acostumbrado a mandar, sus suaves maneras habían desaparecido por completo—. Cerca de las murallas interiores hallaréis una mansión con las ventanas encuadradas de azul. Dentro guardan una pieza de jade y oro que me pertenece, es inconfundible. Verde musgo, pulida como el cristal y no más grande que un jarrón. Traédmela.

Se volvió hacia Ládir y le retó con otra sonrisa desdeñosa.

—Tenéis pinta de avispados y tú, pareces el más sagaz. Es un trabajo sencillo. Seguro que no representa un problema para vosotros, ¿verdad muchachos?— les pretendía engatusar con suaves palabras—. Os pagaré un tercio ahora, en prueba de voluntad y el resto cuando la estatuilla obre en mi poder.

No esperó a su contestación. Dadas estas recomendaciones, Gorfán desapareció momentáneamente tras unas cortinas del fondo para reaparecer con una pequeña bolsa que tintineaba muy del agrado de los chicos, quienes

seguían el recorrido de la misma en las manos de su portador como hipnotizados, imaginando el peso de tanto dinero.

Antes de entregarles el pago les lanzó una advertencia, arrugada la boca en una media sonrisa inquietante, que denotaba su cumplimiento en caso necesario:

—Si se os ocurriese esconderos en algún agujero en lugar de acabar el encargo, os encontraría y entonces... —no finalizó la frase, limitándose a trazar una línea transversal en el cuello con el dedo índice. Al mismo tiempo que realizaba el movimiento, sus ojos, donde escasos segundos antes, podrían haberse tildado de afables, incluso de asustadizos, ahora fulguraron con la frialdad de un asesino.

Lanzó la bolsa al aire para que las veloces manos de Ládir la apresaran al vuelo.

Los ladronzuelos tragaron saliva, amedrentados. Sólo un instante, sus rostros palidecieron para volver a la alegría de antes. Tan grande era su satisfacción que el resto de cosas dejó de impresionarles más de un segundo. Aquella bolsa de sensual tintineo constituía toda una fortuna para gente como ellos, que, el día más generoso, obtenía media docena de “Figuras”.

Podría considerarse que ésa era su primera paga como ladrones profesionales. Aquel era un momento especial que no dejaba lugar a otras consideraciones.

Los ojos del tendero ya no les prestaban atención, puestos sobre unas telas como si ellos volvieran a ser la panda de traviesos que había entrado en tromba en su tienda para molestarle con sus nimiedades o pedirle limosna. Un displicente ademán de su mano gordezuela atestada de anillos les conminó a abandonar el establecimiento.

—Volved con mi estatuilla.— Fue lo último que dijo y les volvió la espalda.

Salieron, mudos. Después de todo, no había sido para tanto, respiraron aliviados una vez en el exterior. Entraban en la casa, cogían lo que les habían pedido y desaparecían en silencio como lo habían hecho cientos de veces con anterioridad en el mercado o en las avenidas más transitadas. No había nada turbio por lo que preocuparse, exceptuando que se trataba de un allanamiento y que esta vez actuaban por cuenta de otro y ascendía la cuantía del objeto a sustraer.

—Ves, Frul, cómo no nos han encargado que matáramos a nadie— se burlaron sus amigos, ufanos por el peso del metal en la bolsa, que viajaba de unas manos a otras entre carcajadas.

Afuera era noche cerrada, aunque poco repararon en ello. Embargados por un júbilo inconmensurable, emprendieron la carrera en dirección a su cabaña, prorrumpiendo en estruendosa algazara, que retumbaba en las solitarias calles.

Ya sobre el árbol.

—¡Dieciocho Reyes!— Contó fuera de sí Turol, el que se encargaba de las finanzas de la banda. Luego repartió tres a cada uno; Ládir, Frul, Querek, Gueldrik, Randor, y él.

En aquella ciudad tenían un sistema monetario propio y peculiar. Circulaban tres tipos de moneda, de distinto valor. Una Figura era una simple moneda de cobre, de la que se compraba un pan o una pinta de cerveza. Era llamada así porque en la cara se representaban las figuras de distintos personajes de la historia. Le seguía La Efigie, que no era menos que las efigies de la familia real. Los Reyes eran de oro macizo, equivalían a diez Efigies o cien Figuras; naturalmente se trataba de la impronta del rey.

—¡Os dais cuenta de que es nuestra primera retribución como ladrones de verdad!— exclamó el Manos-ágiles, cuyos sueños de pertenecer al famoso Gremio de los Ladrones se perfilaban ahora un poco más cercanos—. ¡Ahora ya podemos afirmar con orgullo que somos Ladrones, no vulgares rateros!—. Y se envaró con orgullo.

“Aunque no sé yo cómo se tomaran en el Gremio que trabajemos sin pagarles el tributo que exigen a todos los ladrones de esta ciudad” se dijo a sí mismo, consciente de que ni su corta edad iba a librarles de un ejemplar castigo en caso de que descubrieran su actividad clandestina a sus espaldas. O eso era lo que se decía por ahí.

En cuanto los Reyes descansaron en la palma de su mano, Ládir sintió gran quemazón en el bolsillo y palpitar el naipe que Bolvakan le entregó. Lo asió bruscamente y lo sacó momentáneamente, para cerciorarse de que no había sido una mala jugada de su imaginación calenturienta, pero no osó mirarlo con detenimiento, haciendo caso de las recomendaciones del buhonero. Quizá la tenue llama de la vela no le favorecía la visión, sin embargo

juraría que el dibujo se había revuelto durante un instante en el fondo rojo del cartón. Guiñó los ojos de extrañeza, sacudió la cabeza y después el asunto quedó relegado a un sitio profundo de la mente.

Esa noche no cabían los temores que poblaban de fantasmas la mente.

“El viejo tenía razón al final”, se dijo, “estas cartas nos traerán suerte”.

Sin que dejaran de abrazarse y de felicitarse, la euforia se prolongó hasta media noche. Una vez llegados a ese punto, se enfrascaron en absurdos planes, que no dejaban de ser meras chiquilladas, a cerca del futuro que les aguardaba y discutiendo cómo debían de llevar a buen fin su misión. Después que hablaron y hablaron, Randor formuló una idea que los demás aceptaron unánimemente. Poco a poco, el nuevo miembro se erigía en la mente racional y pensadora del grupo.

Con voz susurrante les relató lo que tramaba para hacerse con el botín.

Capítulo 3

Las callejuelas de la ciudad estaban oscuras, abandonadas a la niebla reptante y al silencio agobiante del vacío. Uno no podía pasearse sin dejar de sentir escalofríos. Aceros helados y torvas miradas parecían acechar en cada esquina. El menor ruido era engrandecido y distorsionado por el eco, haciéndolo insoportable al oído. Un aire amenazador envolvía los contornos.

A pesar de esto, seis insignificantes figuras cruzaban aquella oscuridad aterradora con pasos furtivos, más silenciosas que el propio entorno. Un gato no se hubiera movido con tanto sigilo, pues no era la primera vez que lo hacían. Las murallas interiores eran su destino. Tramo a tramo, iban dejando atrás las anchas avenidas, los barrios lujosos y se iban adentrando en el corazón del gueto, un reino de corrupción y malicia.

Todos los edificios se antojaban iguales a los ojos de Ládir: altos, siniestros, estremecedores. Su mirada atenta y escrutadora buscaba por todos sitios; la mansión de las ventanas cuadradas de azul no podía estar lejos. La excitación afectaba a todo el grupo por igual, alterando la respiración, erizando los vellos, provocando que cualquier sombra se convirtiera en objeto de temor y sospecha. Pero allí estaba, sí esa era. El color azulado, realzado por el baño platino de la luna, sacaba de la penumbra nocturna una construcción magnífica, rodeada por columnas y un pórtico al estilo clásico.

Se detuvieron con el corazón acelerado, ahogado un jadeo. La agitación se entremezclaba en su sangre bullente. Vislumbraron guardias rondando la casa. Dos más en el arco de acceso.

—Sabéis lo que tenéis que hacer— susurró el Manos-ágiles, la voz no más audible que el aire saliendo por su boca.

Indicó a Randor que le siguiera y pronto se perdieron en las tinieblas.

Frul se quedó con Turol mientras Querek se escondía. Querek poseía la fuerza bruta de la banda. Su nombre lo explicaba todo, que en la lengua vernácula significaba grandullón desproporcionado. El sexto miembro vigilaba de lejos la escena.

Los dos ladrones esperaron unos minutos a que los guardias doblaran el recodo. Entonces se encaminaron hacia ellos en medio de gran clamor y

vocerío. Ahora su corazón latía con redoblada fuerza.

—¡Aprisa, guardias, aprisa!— Gritaron todavía más.

Los vigilantes desenfundaron sus armas y les cortaron el paso sin inmutarse.

—¿Qué diablos pasa, eh? Decídmelo u os rebano el pescuezo— masculló uno de los dos, oscilando la espada frente a sus ojos de manera que destellara el filo con la luz de la antorcha.

—¡Es terrible!— sollozaron, fingiendo que la exaltación entrecortaba sus palabras, como si estuvieran horrorizados de algo terrible que hubieran visto.

—Hablad, vamos— les instó sin bajar el arma. Empezaban a impacientarse.

—Se trata de vuestros amigos, han sido atacados por unos hombres. Allí, allí— y señalaban el próximo recodo.

Les llegó el sonido de unos matorrales agitándose. El cometido de Querek.

Los guardias abrieron desmesuradamente los ojos en sus cuencas, mas al momento frunció el ceño.

—Estas no son horas de bromear. Largaos a otra parte a molestar, renacuajos insolentes.

—Lo juramos. Lo vimos desde aquella ventana—. Y señalaron una vivienda al azar, cuyo balcón daba a lugar señalado por sus dedos imperiosos y tremulantes, como si en cualquier momento fueran a estallar en llanto.

Ante tan espléndida interpretación y muestra de aplomo y sangre fría, los guardias echaron a correr hacia el lugar que insistentemente señalaban. A media carrera frenaron de súbito, maldiciendo a todos los dioses.

—Ahí no vive nadie. Malditos diablillos, dejad que os pongamos las manos encima...

Pero los diablillos ya habían desaparecido, correteando entre risas divertidas, igual que hacen los niños revoltosos, que buscan remedio a su aburrimiento a costa de los mayores. Tampoco se apercibieron de que una de sus dagas ya no colgaba del cinto.

En tanto los guardas escuchaban los lamentos de los farsantes, Ládir y Randor se colaban por detrás de ellos dentro de la casa. La arcada desembocaba a un patio interior. Desde allí se podía distinguir el resto de la

mansión. Frente a estos, en la parte de la derecha, se accedía a las dependencias inferiores. Una escalera exterior subía a una zona independiente de habitaciones. Ládir pensó que aquella parte estaba destinada a la servidumbre, dada la humildad y lo tosco de su apariencia.

—La entrada principal y los aposentos del señor deben de estar al otro lado— Susurró Randor, siempre con aquella mirada observadora y penetrante.

Ládir asintió. Se desplazaron entre los bancos de piedra del patio y las estatuas hasta colocarse ante la puerta del servicio. No hizo falta violentarla, estaba abierta. Segundos más tarde se encontraban en un pasillo. El lujo les deslumbró y el Manos-ágiles tuvo que recurrir a toda su entereza para sustraerse a sus impulsos ladroniles. Aunque ése no era momento para detenerse a contemplar valiosas pinturas o exuberantes lámparas, resultaba en extremo frustrante tenerlo sólo alargando la mano y dejarlo ahí, mudo y paciente, como siempre lo había estado.

En el extraño código de los ladrones, apropiarse de más de lo indicado en un trabajo por encargo, constituía una mancha indeleble en el honor, que llenaba de oprobio a quien de actuaba esta manera. Justo ahí radicaba la diferencia con los rateros y asaltadores, que no obraban de forma comedida y profesional, dejándose llevar por sus impulsos incontrolados.

No era el caso de Ládir. Esta y otras enseñanzas había tenido gran cuidado y esmero en memorizar de labios de aquellos imponentes y curtidos miembros del Gremio de los Ladrones, a quienes tanto admiraba y de los que había adoptado un modelo a imitar. Porque algún día, él sería uno de ellos, quizá el jefe de todos. Ese era su único propósito en la vida, para el que no descuidaba esfuerzos ni penalidades.

Randor no se despegaba de su compañero. El horror dificultaba sus pasos, tanto, que si uno se detenía, el otro tropezaba con sus pies. Cada vez que imaginaba su suerte si les sorprendían, cerraba los ojos y apretaba los dientes. La presencia de su amigo le sosegaba bastante; ver su imperturbabilidad, su experimentación, le inspiraba valor.

En un extremo del corredor se abría una estancia que se correspondía con una especie de antesala. Ese lugar servía de arranque a otros pasillos y habitaciones. Desde fuera no lo hubieran dicho, la mansión era enorme, podían pasarse la noche entera de un sitio a otro sin saber en realidad dónde se

encontraban. Era como andar a ciegas por un laberinto oscuro y tenebroso en el que las sombras cobraban proporción y vida propia. En cualquier momento podría salir alguien de alguna de las múltiples alcobas y descubrirles, con gesto de sorpresa en sus rostros helados, plantados allí en medio como dos tontos, y dar la voz de alarma.

El sentido común les dictaba que empezaran por el piso superior. Normalmente las dependencias inferiores se utilizaban para tareas cotidianas y de la vida social; despachos para discutir los negocios; salones de baile; comedores inmensos; lugares de reunión y crítica ajena; en fin, esa habilidad de manejo y maquinación de la alta sociedad. Así que ascendieron por una escalera con balaustrada que crujía en cada paso, arrancándoles desesperados resoplidos. Ya arriba, se toparon de nuevo con el dilema anterior: qué zona registrar.

He aquí que en el piso de abajo oyeron ruido de pasos aproximándose por el pasillo sobre el que se encontraban. Las voces de una despreocupada conversación se hacían audibles con la cercanía. Al punto los ladrones se escondieron en un ángulo oscuro, invadidos por el miedo, conteniendo la respiración. Dentro de la casa también hacía turno la guardia. ¿Qué o quién habría allí para tanta medida de seguridad? Se preguntaron. Alguien poderoso, sin duda. Aunque eso no era de su incumbencia, se dijeron.

Los pasos se perdieron por otro de los interminables corredores, la amigable cháchara también.

Inseguros, salieron de su escondite. La agitación les hizo actuar con más celeridad. Luego de mucho registrar aprendieron a diferenciar los dormitorios del resto de estancias. Al principio temblaban cada vez que abrían una puerta, rogando a todos los dioses que conocían que no hubiera nadie dentro, pero más tarde acabaron preguntándose el sentido de tanta cámara desocupada. Asimismo enfilaron cantidad de pasillos hasta el hastío, todos iguales, silenciosos, tétricos, sin el menor resultado. Todo ello sin mediar palabra, solo gestos y miradas.

Parecía que solamente la guardia les acompañaba en medio de aquel silencio fastuoso de largos pasillos y puertas que callaban secretos.

La tensión, aunque dentro de lo aceptable para Ládir, se volvía insoportable para Randor. El sudor profuso anegó su espalda y el espanto heló

su sangre cuando los guardias pasaron cerca de ellos en más de una ocasión. Solamente escucharon un ruido que indicaba presencia dentro de una habitación de las que se proponían explorar. Desistieron, agradecidos a unas toses secas, dedicándose una sonrisa cómplice que venía a significar “de la que nos hemos librado”.

No obstante, perdidas ya las esperanzas y entregados a la derrota, la estatuilla que tanto quebranto les estaba provocando en la infructuosa búsqueda, los recibió con destellos verdíneos, erguida sobre un pedestal. ¡Por fin!

La luz de la luna la bañaba con su tenue resplandor a intermitencias, según el viento empujaba a las nubes, como si la vida latiera en su vítreo interior. Se asemejaba a una de esas criaturas alargadas que se enroscaban en las pinturas orientales que colgaban de las paredes de muchos hogares pudientes. Algún tipo de exvoto que ellos no comprendían. Incluso, se sonrió para apartar sus crecientes resquemores, hasta una de las cartas de Bolvakan tenía dibujado un bicho parecido. Ciertos detalles de su lomo y piernas eran de oro, así como los ojos, que lo contemplaban todo con un penetrante e infernal furor.

En el instante de cogerla el pulso les traicionaba de pura excitación. Un segundo después, ya descansaba en la bolsa que habían traído a tal efecto. Era increíblemente ligera. Lo que necesitaban para volar como el viento de allí.

—Salgamos de aquí cuanto antes— suspiraron, mirándose a los ojos con el suspense y la emoción del momento reflejados en ellos.

No después de respirar el aire libre recuperaron los ladrones el resuello, del que el miedo les había privado. Descuidando la cautela emprendieron veloz huida a través de la casa, escapando por una ventana. Las piernas apenas obedecían las órdenes del cerebro para transportarlos. Ya en el exterior, sólo entonces, experimentaron un alivio intenso como un bálsamo milagroso. La inquietante aureola de malignidad que envolvía aquella mansión y el silencio sofocante se hacían patentes cuanto más tiempo transcurrían dentro de sus silenciosos muros, pero se diluía, de repente, una vez pisabas la calle.

¡Lo habían conseguido! Ya estaban sanos y salvos y con su premio. Habían rebasado esa barrera interior que les frenaba con temores infundados. Ahora los jóvenes tenían motivo de regodeo y entusiasmo; saltaban y se

golpeaban por su intrepidez entre grandes muestras de regocijo y felicitaciones mutuas. Aquello comportaba algo más que una victoria; era la prueba de sus aptitudes como ladrones: raudos, eficientes, silenciosos y sin derramar sangre. Un trabajo ejecutado a la perfección que iba a complacer a su patrón, reportándoles muchísimos futuros encargos. Seguro.

Mas acaeció, sin que se apercibieran de ello, que en la frenética carrera por los pasillos, un objeto se deslizó del bolsillo de Randor hasta el suelo. Era la carta que el buhonero Bolvakan le había regalado, que fue a depositarse, silenciosa, sobre el anverso, descubriendo una figura fantasmal, que al igual que la muerte, ceñía una ominosa guadaña en las huesudas manos.

La mañana siguiente les sorprendió en la ciudad, agitada masa de cuerpos sudorosos. El sol brillaba sobre los edificios, arrojando sus lanzas luminosas. El día estaba despejado, como ellos, y orientaba sus pasos a la calle de Los Tejedores. Ládir, embutida en sus ropas, portaba la estatuilla de jade y oro, presa de la expectación. La víspera la había examinado con detenimiento exhaustivo y se preguntó si en verdad valía la pena arriesgar la vida por aquello. Después de todo no era una pieza de valor incalculable. Bastaba una simple ojeada, aunque del ojo ignorante, para constatar lo tosco de su factura. El alborozo de sus compañeros, el destello orgulloso en sus miradas, la calidez de sus sonrisas, que se expandían solas, contestaban las dudas.

Se agolparon en el interior de El Peplo de Oro, mostrando su fervor. Gorfán, el tendero, no se inmutó cuando los vio irrumpir en tropel, simplemente asintió para sí mientras continuaba su quehacer. Ládir le tendió el ídolo con arrogancia, incapaz de proferir palabra.

—Perfecto, muchachos, no podía esperar menos: un trabajo rápido y eficiente.

En el mostrador había colocada otra bolsa con dinero como si él hubiera intuido el resultado de la empresa. Con gesto despreocupado, ausente, les indicó que la cogieran. Su cabeza sólo se alzó un tanto y no fue en la dirección en la que ellos se encontraban.

Los pícaros, mudos de ansiedad, permanecieron contemplándolo con

impaciencia. Después de un rato efectuó un ademán como si hubiera reparado en su presencia.

—¿Queréis otro encarguito, no es así? Bien, yo no os puedo ayudar. ¿Acaso pensáis que un sastre pueda tener una fortuna diseminada por la ciudad?— dijo con tono apacible— pero os puedo dar una recomendación para que os acojan en la guardia real o...

—Creo que no nos interesa— le cortó Ládir, divertido. Sin embargo un cierto abatimiento se cernió sobre él, el día anterior le había dado la impresión de que aquel lugar servía de tapadera para una red de operaciones clandestinas.

De todas maneras el peso del oro en sus bolsillos le hizo apartar tal pensamiento, cediendo espacio a la euforia. Comprarse ropas nuevas, cambiar su aspecto, sería el primer paso; luego quién sabe en qué otras cosas dilapidaría su fortuna.

Transcurrido un rato, seis figuras ataviadas con rudos ropajes se paseaban con porte altivo por las calles de la ciudad, despertando el asombro en algunos, la hilaridad en los más, no habiendo anchura suficiente para sus hinchidos corazones. Resultaba cómico ver a imberbes jóvenes equipados con jubones de cuero y botas de piel más propias de mercenarios que de golfillos. No obstante, sus miradas feroces y obstinadas infundían respeto en la gente. Era como si anunciaran a gritos el repentino paso del niño al hombre.

Entraron en una posada para probar la primera comida caliente desde hacía tanto tiempo que sus estómagos no lo recordaban. Allí, en aquel ambiente enrarecido por el humo y el hedor a cerveza, donde toda clase de viajeros, vividores y gentes de costumbres descuidadas proferían burdas amenazas o risotadas estentóreas, donde la calaña variopinta protagonizaba sus reyertas, la apariencia ridícula de los chicos pasó desapercibida. No para ellos.

—Sí, anoche— decía un personaje rechoncho cuya barba se hallaba repleta de espuma en la zona de la boca—, es la segunda vez que uno de los ayudantes del gobernador muere asesinado en su propia casa mientras dormía. Mi primo me ha dicho que era terrible la expresión de espanto de la guardia, que también apareció muerta, con las armas tan fuertemente apretadas en las manos, que han tenido que amputarlas, asegura. Y eso no es

lo peor, he oído que se trata de un espectro invocado por algún hechicero maligno, algo terrorífico, sobrenatural.

El otro conversador efectuaba gestos de desagrado.

—Alguien planea acabar con el gobernador— añadió éste.

—No cabe duda, los tiempos son oscuros y difíciles para la política. Lo malo es que no se sabe quién puede estar detrás de todos estos asesinatos. Ni indicios, ni sospechas; nada.

A estas alturas de la conversación, Ládir desoyó cuanto decían. Aquellas intrigas estaban fuera de su interés. Aunque luego se percató de que era el tema en boga dentro del local. Lo que los seis ladronzuelos ignoraban era que dónde se había perpetrado el espantoso crimen era precisamente la mansión que habían robado la noche anterior.

Capítulo 4

—Oh, no deberíais haberos molestado, queridos amigos míos— se excusó el viejo Bolvakan cuando los muchachos, agradecidos, le llevaron comida—. Yo confiaba en vosotros para ese trabajo. ¿Sabéis? Oigo muchas cosas que a personas parlanchinas se les escapa.

Mientras que tal decía, ya su boca se llenaba de aquel apetitoso manjar. Poco se esforzaba por ocultar su atroz hambruna.

—Es lo mínimo que te debemos.

—Ah, tonterías. Vosotros tenéis talento, yo sólo os doy un pequeño empujón. Por cierto, ¿Aún conserváis los naipes? Os dije que os traerán suerte. ¿Me equivoqué?

¡Los naipes!

Los naipes yacían en el olvido de sus bolsillos. Exceptuando el de Randor, quien al echar mano del suyo sintió cómo una oleada de calor encendía sus mejillas.

—Yo lo he perdido— tartamudeó, insoportable la quemazón.

Bolvakan esbozó una ligera sonrisa de satisfacción.

—No importa, descuidado, te daré otro. Pero esta vez has de prometerme que no lo vas a perder— Le amonestó al tiempo que Randor escogía uno—, ya os dije que los guardarais bien, mozalbetes.

Ládir no fue el único en fruncir el entrecejo.

—¿Por qué tanto interés en unas cartas?— inquirió con suspicacia.

Bolvakan se molesto en gran manera ante esta pregunta.

—Porque os aprecio y este es mi modo de demostrarlo. Si tanto os preocupa prefiero que me los devolváis y asunto terminado. Ya encontraré chicos más gratos que sepan valorar mis regalos.

Les parecía mentira un cambio tan brusco en las afables y dicharacheras formas del anciano. Semejante reprimenda los llenó de culpa. ¿Qué mal podría haber en complacer al viejo?

¿Qué mal?

—Perdona mi impertinencia.

—Estás perdonado. Ahora prestad atención—. Enmudeció para acaparar

su atención. Acto seguido cabeceó como si obedeciera a una discusión interior, chasqueando irresoluto. Al final se decidió a hablar—: ¿Qué os parecería pertenecer al Gremio de los Ladrones? — Los jóvenes abrieron desmesuradamente los ojos, mudos de sorpresa—. ¿Os he asombrado? Lo imaginaba. Claro que la cosa no es así de fácil, no es cómo chasquear los dedos y ya está. El Gremio es una sociedad secreta, no un centro social de reunión. Si os acogen tendríais que demostrar vuestra valía y entrega. El Gremio no se traiciona, no se abandona— concluyó, citando la máxima de la hermandad.

Los ladronzuelos se quedaron atónitos, la garganta seca y la mente en blanco. El Gremio de los Ladrones representaba el más alto honor, la más elevada aspiración a los que cualquier ratero o buscón podía soñar, puesto que el robo organizado y profesional era regido por el Gremio. Ellos conocían esta situación, todo el mundo en la ciudad la conocía, pero nunca se les hubiera ocurrido una idea tan descabellada. ¡El Gremio de los Ladrones!

—¡Sí!— Salió la contestación como un huracán, incontenible y arrolladora.

—No puedo garantizar nada— Se apresuró a aclarar, aplacándoles con un movimiento de sus manos—. La cosa no es tan sencilla, ya os lo he dicho. No se puede llamar a la puerta y entrar. Primero tendréis que lograr que se fijen en vosotros.

Los muchachos flotaban en alas del paroxismo, próximos a enloquecer.

—Estamos preparados para todo.

—¿También para matar?

Bolvakan clavó una mirada retadora en ellos.

Mudos de repente, sus expresiones se congelaron a mitad de expresión. Vana jactancia. La fuerza del comentario les golpeó duramente en sus rostros excitados. Así como una tormenta de verano se disipa, sus esperanzas se desvanecieron.

—No os acongojéis, aunque celebro que llevéis dagas— dijo mirando al cinto de uno de ellos—, no creo que sepáis usarlas.

Hubo un momento de exacerbado silencio. Entonces el buhonero dejó escapar unas palabras en tono afable:

—Por si acaso cambiáis de parecer, esta noche los soldados del gobernador recibirán ordenes de prender a Kinrod, uno de los cabecillas del

Gremio. Se le cree al frente de una conspiración para derribarle del poder y artífice de los asesinatos sucedidos. Kinrod se mostraría muy dispuesto y generoso si alguien le pusiera sobre aviso. ¿No creéis así?

>>Yo oigo muchas cosas.

Después que esto dijo, aparentó estar muy atareado en roer un hueso mientras les volvía la espalda. Ládir se quedó de pie, en estulta espera. Un codazo de Frul lo sacó del ensimismamiento. Debían irse y así hicieron, sin despedirse del buhonero.

Más tarde, los muchachos celebraron una asamblea para acordar una resolución justa y en consenso. Turol y Gueldric, los de menor edad, estaban en contra de llevar sus vidas por tan escarpadas sendas. Frul, Randor y Ládir consideraban que lo más provechoso era formar parte del Gremio; esa clase de vida, arriesgada, plena de acción y aventuras, les entusiasmaba. Manejar la espada, lanzar la daga o montarse en un caballo al galope; ¡Oh dioses! Poseían, sin duda, un concepto idealizado, más emparentado con la ficción, de lo que constituía la vida del ladrón sindicalizado. Pero, ¿Qué abrigo podían dar sus mentes apasionadas al peligro y a la muerte? Querek se abstenía de hablar. Una vez más, como siempre, Ládir, líder indiscutible, tenía la última palabra.

—¡Pronto mucha gente respetará nuestros nombres!

El Gremio. Sólo esta designación bastaba. Al oírse, más de uno se sobresaltaba. Existían otros gremios, siniestros y sanguinarios, pero ninguno en letra mayúscula ni tan digno y majestuoso. Un reducto de intrépidos forajidos y temidos espadachines. Nadie conocía su emplazamiento, aunque sí su existencia. El Gremio de los Ladrones no era una simple organización de pillos, era algo más: ellos dictaban qué se tenía que robar y dónde; a quién intimidar y cómo; Qué intrigas tramar y cuándo. El asalto de ciudadanos y la rapiña la dejaban a los mendigos y desesperados, que era la estofa peor tratada en la ciudad. Nada era substraído sin su aprobación, nadie operaba sin su desconocimiento. La ciudad entera respiraba aliviada cuando el Gremio protegía las calles. La ciudad entera temblaba cuando el Gremio trazaba sus proyectos.

Esa noche el frío reptaba por las calles como una serpiente etérea. El disco argénteo teñía los pavimentos, desenmascarando a las silenciosas figuras que se deslizaban por las sombras a toda velocidad. La urbe se estremecía bajo los aullidos del viento, que de tanto en tanto, se mezclaban con un estertor o con el chirriar del acero. Y allí, en las desoladas avenidas, parecía cernirse aún más la carantoña sonriente de la muerte, envolviéndolo todo con su manto espeso.

Avanzaban, a pesar, los valerosos ladronzuelos en pos de un sueño. Aquellas ocasiones estaban perdiendo a chorros su candor. Todo joven sentía una vez en su sangre la llamada de la aventura, del frenesí. Ahora una gran voz tronaba en medio de la noche. No había hecho nada más que comenzar.

El horror alargaba sus tentáculos sobre ellos, rodeándoles con una aureola de negrura. En la taberna “El Gato Montés”, decenas de ojos abrumados por el alcohol clavaron sus miradas obnubiladas en sus cuerpos esbeltos, que, tímidos y temblorosos, no se decidían a franquear la entrada. Los comentarios de reproche flotaron en torno como un soniquete cruel y las chanzas despiadadas les zaherían los oídos sensibilizados. Para esos brutos de barbas desgrefñadas y expresión feroz eran niños con aires de gallardía, que desafiaban al destino ingenuamente. Lo que más daño les causó fue la certidumbre de su situación.

Ládir experimentó una agradable sensación cuando se cercioró de que ningún hombretón le ponía una afilada hoja en el cuello. En el entablado, a sus pies, una mancha de sangre coagulada delataba un enfrentamiento, que sólo esos salvajes que los miraban entre enfurecidos y divertidos eran capaces de atestiguar. Randor, inconscientemente, volvía a pegarse a él como una sombra.

—¿Dónde encontraré a Kinrod?—, vencido el pánico, el Manos-ágiles alzó la voz por encima del bullicio con una determinación que sorprendió incluso a él mismo.

Después de un espacio de tiempo, la turba estalló en estúpidas risotadas, alzando las jarras de cerveza para brindar en su honor.

—¿Para qué lo quiere ver una sabandija apestosa como tú?— rezongó un hombre de hombros fornidos al tiempo que acariciaba la hoja de un cuchillo—. ¿No sabes que éste no es lugar para vosotros, que deberíais estar en la cama?

—El asunto solo le concierne a él— se afirmó Ládir, perlada la frente de un sudor frío al sentir decenas de miradas entre divertidas y molestas fijadas en su esbelta figura, de pronto empequeñecida entre unas ropas que se le quedaban grandes. Ya no había seguridad en el tono o al menos así lo creyó.

Los demás muchachos tampoco podían ocultar su profundo pavor, que empalidecía sus semblantes hasta la transparencia. Si más cabía, sus cabellos se erizaron al contemplar cómo el hombre se acercaba a ellos con evidente hostilidad, los ojos brillando de furia.

Estaba claro cuáles eran sus intenciones.

—¡Déjalos!— lo contuvo otro que apareció a su derecha—. Yo me ocupo.

No era demasiado alto, ni tan robusto como el que se aproximaba, pero algo en torno a él le confería una aureola de autoridad. Sus facciones aristocráticas iban en consonancia con la elegancia de su postura. El oro no adornaba su cuerpo, ni iba cargado de armas como el resto de matones que atestaban la taberna; tan solo una espada ligera en la que apoyada descuidadamente la mano.

A Ládir solo le bastó un vistazo para darse cuenta de que esa mano manejaría con una destreza peligrosa esa espada.

El ladrón tenía una mirada despejada y resuelta a la que acompañaba una sonrisa apenas esbozada mientras contemplaba al Manos-ágiles detenidamente.

Entonces se acercó a Ládir y le puso la mano en el hombro amigablemente. En ese instante todo el mundo regresó a las conversaciones en las que estaban enfrascados anteriormente, sin prestarles más atención.

—Demuestras valor, chico, para venir aquí. ¿Qué tienes que decirme?

Ládir titubeó, pero la mirada sincera de Kinrod y sus gestos pausados y autoritarios le decidieron a hablar.

—El gobernador te culpa de no sé qué muertes. En estos momentos la guardia se dirige aquí con intención de capturarte.

La faz del ladrón se turbó. Luego asintió con severidad, haciendo rechinar los dientes. Finalmente una decisión afloró a su mirada.

—¡Escuchad, compañeros!— llamó su atención, quienes al segundo dejaron sus risas y bebidas a un lado—. La guardia del gobernador, nuestro amigo, nos honrará con su presencia esta noche.

No hizo falta más, al punto la multitud de la taberna se organizó en grupos en derredor del jefe. Varios salieron al exterior a montar guardia. Kinrod se dirigió a los jóvenes para preguntarles si sabían defenderse, lo cual ellos negaron con un gran sentido del ridículo y una impotencia desarmante.

En esto fueron conducidos por alguien a una estancia adyacente.

—No salgáis— fue lo único que salió de su boca rígida.

La taberna bullía de movimiento, mesas, sillas y bancos. Se oyeron voces provenientes del callejón. El gremio acudía en ayuda del cabecilla. A muy poco el reducido salón se convirtió en un escenario para la inminente escaramuza. Kinrod no se dejaría amilanar, iba a demostrar al gobernador que el Gremio escapaba a sus manejos políticos.

En el cuarto de al lado, Ládir espiaba cuanto sucedía a través de la mirilla de la puerta. Tantas armas resplandecientes, tanto ánimo inflamado, levantaban en él rojas oleadas de frenesí. Mil y una veces maldijo su juventud, su inexperiencia. Similares sentimientos traslucían los semblantes ceñudos de sus compañeros, sobre todo el de Randor. La indignidad de agazaparse como bestiezuelas asustadas era más fuerte e impetuosa que su temor; debían de hacer algo.

—¡Por todos los dioses que Kinrod comprobará nuestra valía!

Entretanto, una patrulla de plata con aceradas picas y oblongos escudos franqueaba las murallas interiores en dirección al Gato Montés. El acero refulgía con un brillo frío y, a intervalos, la luna se reflejaba en ellos. Un continuo repiquetear marcaba la marcha. Las antorchas oscilaban en sus manos, confiriendo a sus rostros ensombrecidos una fantasmal apariencia. Toda aquella escena estaba impregnada de la marcialidad que el capitán imponía con su porte.

El gobernador había dado instrucciones concisas respecto a Kinrod y sus rufianes. Resultaba inadmisibles y enojoso para su autoridad y posición que el Gremio desafiara tan a porfía su poder. Sí, verdad era que él mismo había firmado algún trato con ellos, un trato justo y provechoso a ambas partes, mas lo que había acaecido últimamente le había hecho sacudirse en interminables pesadillas.

Limbel, el capitán de la guardia, escrutaba las calles con sobrecogimiento inusitado, los nervios en extremo excitados. Gozaba de fama de hombre

valeroso y hábil con la espada, no obstante una extraña sensación le helaba la sangre. Muchas veces había transitado aquellos contornos húmedos y oscuros al efectuar la ronda, pero ahora un horror informe parecía acechar desde algún sitio. El resto de la patrulla aferraba fuertemente los ástiles de las lanzas, tanto que los nudillos se volvieron blancos como sus caras, aún resonando en sus oídos increíbles relatos de ultratumba. Bien se podía decir que esa ciudad de noche era capaz de suscitar los más terribles miedos y mucho más.

Los soldados se internaron en uno de esos callejones tenebrosos sin salida donde las tinieblas se espesan todavía más, sin que por ello se perdiera el paso. Mientras se adentraban cada metro, todos sus cuerpos se cubrían de sudor, allí todo parecía cobrar vida. Al final les esperaba la taberna y decenas de aceros enarbolados.

Entonces acaeció una cosa que los llenó de espanto e hizo enflaquecer sus ánimos. En medio de la calle, recortado como un dibujo animado, un espeluznante ente se había materializado a partir de la nada. Blandía una espada que se transparentaba al igual que si fuera niebla, como lo hacía toda su extraña materia coloreada. Sus ojos relucían con brillo inteligente a la vez que malvado y la sonrisa diabólica destacó en el rostro etéreo mientras avanzaba lentamente hacia ellos.

Creyeron desmayar ante la terrible hechicería que estaba teniendo lugar. Varios guardias le arrojaron sus lanzas entre ahogados gemidos. Con grande sorpresa y descorazonamiento presenciaron cómo los proyectiles traspasaban su intangible contorno sin causar mayor perjuicio. El pavor amenazaba con quitarles la poca cordura que conservaban. Fueron atacados por el espectro y, a pesar de defenderse con todo encono y desesperación, realizaron fútiles esfuerzos por contener la espada aprehensora, que hendió sus armaduras y cortó la carne. No tuvieron tiempo de gritar.

Poseídos por un horror irracional, todos a una, los soldados se abalanzaron como una marea de roja furia, desorbitados los ojos, llenas de espuma las bocas. Sus alaridos retumbaban por toda la calle y sus armas no infligían daño alguno a aquella especie de dibujo viviente, que segaba sus vidas y derramaba su sangre con fervor demoníaco. Las hojas penetraron su cuerpo por tantos lugares que un ser vivo hubiera caído sin remisión, mas era como dar tajos al aire. Uno a uno, los enloquecidos hombres fueron

sucumbiendo horriblemente mutilados hasta que el desvariado griterío se apagó.

Solamente el capitán mantenía la compostura en aquel espectáculo de muerte y sangre, no bien los dioses eran testigos del enorme acopio de valor que tuvo que hacer. Limbel sabía que su hora estaba pronta. Moriría con honor, como correspondía a un miembro de su alcurnia. Miró la figura de inmateriales matices y, con repugnancia, le escupió.

—¡Vamos!— Le desafió, enarbolando su tizona.

Un sordo crujir de huesos y el cuerpo agonizante del capitán se derrumbó sobre el suelo. El ser sobrenatural o lo que fuera se disipó después de esto como una bruma barrida por el viento, sin dejar más vestigio de su presencia que la cruenta carnicería. Junto a la mano inerte de Limbel una carta se consumió en llamas.

Capítulo 5

—¡Venid todos, rápido, es horroroso!— irrumpió gritando uno de los ladrones que habían salido afuera a vigilar. El semblante lívido y lo quebrado de su voz reflejaban una intensa angustia más allá de lo humanamente soportable.

Kinrod se incorporó bruscamente. No habían transcurrido cinco minutos desde que Ládir les alertara. Los otros miembros del Gremio observaron a su jefe con un interrogante.

—¿Qué ocurre?— quiso saber, inquieto. La simple llegada de los soldados no podía causar tan hondo terror en sus hombres.

El ladrón fue incapaz de contestar, en lugar de palabras salieron unos gorgoteos inaudibles. Les hizo una seña para que le siguieran. Sin pensarlo, el grupo se abatió en tropel sobre la puerta y siguió los pasos vacilantes del guía.

Tras ellos, Ládir y los suyos, que habían logrado forzar la cerradura, se afanaban por alcanzar a los ladrones.

Cuando se aproximaron al callejón en tinieblas, paralizados por el más puro terror y la repulsión, vislumbraron el amasijo sanguinolento en que se había convertido la patrulla del gobernador. Sus ojos dilatados no daban crédito a la vista de aquello. Y la expresión enloquecida de los cadáveres todavía les afectó más.

—¿Qué alimaña habrá hecho semejante matanza?— exclamó Kinrod, tapándose la nariz a causa del hedor a sangre y a pintura.

Así era, a pintura. Todos los cuerpos presentaban una franja verdosa allí donde la espada del ser sobrenatural les había tocado. Atónitos, se preguntaron qué significaría aquello, mas ninguna explicación coherente les acudió a la cabeza.

Retornaron a la taberna invadidos por el asco y los nervios, temblándoles todo el cuerpo cada vez que visualizaban la escena macabra. Después de unos larguísimos minutos de silencio y reflexión, sin que se hubiese restablecido la serenidad, el cabecilla del Gremio se dirigió a los muchachos, quienes, más afectados que el resto, suspiraban una vez tras otra.

—Se necesita valor para lo que habéis hecho. ¿Supongo que vosotros no

podéis dar explicación de esto?— Ládir negó— no, claro. Hechicería. De todas maneras, los soldados, efectivamente venían hacia aquí y sin vuestro aviso habríamos tenido serias dificultades para salir de ésta.

Los chicos se sintieron enormemente reconfortados por los elogios de Kinrod. Su interior ardía de alegría y emoción. Se quedaron a la espera, con los ojos fijos en su figura. Podían inhalar provecho de él.

—Alguien os ha mandado a mí. ¿No es así?— reflexionaba en voz alta—, sólo los de dentro conocen este sitio—. Ládir asintió—. Sin duda un amigo. Dime su nombre, chico, para que pueda agradecersele.

—Fue un golpe de suerte, en las calles se escuchan muchas cosas interesantes si uno quiere escuchar. En cuanto a lo primero, es evidente que no sólo los de dentro saben cómo encontrar este lugar y no hablo por nosotros.

Temió que el comentario enojara al Ladrón, pero al escuchar la risa general esbozó algo parecido a una sonrisa, leve y temblorosa. Kinrod efectuó un cabeceo de confirmación a los suyos y mandó despejar una mesa entre divertido y fascinado por la desenvoltura del Manos-ágiles.

—Conque un golpe de suerte, comprendo. Bueno, vuestro aspecto me dice que no coméis muy a menudo.

Los muchachos bajaron avergonzados la cabeza, aunque no Ládir, quien experimentó un repentino arrebató de soberbia y le sostuvo la mirada con despecho. Estaba muy satisfecho con su libertad y le exasperaban las burlas, provinieran de quien provinieran. Al cabecilla le agradó su talante, sabía reconocer una persona con talento y cualidades y ese joven rezumaba de esto a chorros.

—Voy a hacerte una proposición— dicho esto se volvió hacia sus hombres—: Los muchachos estarán bajo mi cuidado desde hoy—, otra vez a Ládir—, si estáis de acuerdo.

Todo el mundo acató de buena gana la decisión del líder, sobre todo los ladronzuelos, cuyos rostros brillaban de triunfo.

—¿Qué podemos hacer para agradecértelo?— la excitación le impedía pensar otra cosa.

—No te preocupes por ello, ya tendrás ocasiones— dijo Kinrod, afectando la expresión.

Más carcajadas. Carecían de otro método para aliviar la tremenda tensión

a la que habían sido sometidos; habían sentido muy cerca los aleteos de la muerte. Los chicos comprendieron lo socarrón del comentario y pronto se contagiaron de la risa. También necesitaban desahogarse después del espeluznante horror que habían presenciado. Para muchos era la primera vez que veían tan próxima la sangre y ello les causó una honda desazón.

Así pues, la noche se sucedió entre bromas y comentarios groseros sin reparo ni tapujo. No obstante sus aspectos fieros y temerarios, el trato que depararon a los chicos fue afable, más de hermanos que de camaradas. Sus constantes atenciones les ayudaron a soportar mejor el mal trago por el que habían pasado, relegando a un lugar profundo de la mente el miedo y la impresión que les había causado aquella horrible matanza.

Pronto aprendieron a admirar a todos esos hombretones jocosos, que a pesar de su humor despreocupado, guardaban en su compostura la seguridad del que ha enfrentado el peligro y la amenaza del que poco teme a la muerte. De esta manera el día ascendió sobre la ciudad y desterró el horror de la noche. Los miembros del Gremio, en conjunto, protestaron por tener que soltar la jarra; ninguno de ellos se tambaleaba.

—¿Qué voy a hacer con vosotros?— se preguntaba Kinrod, frotándose el mentón en busca de una respuesta—. ¿Sabéis manejar las manos?

Ládir había tenido el presentimiento de que se plantearía algo similar, para lo cual ya había preparado algo. De sus bolsillos sacó una cadena de oro perteneciente a Kinrod, quien al verla e identificarla se llenó de perplejidad.

—Le llaman Manos-ágiles — corroboraron sus amigos.

—A fe mía — aseguró Kinrod con un silbido de admiración ante las finas manos de Ládir. Cuando el ladronzuelo le devolvió la cadena, negó con la cabeza— puedes quedártela, un hombre de cuello tan descuidado como el mío no merece llevar un collar. Además, puedes considerarlo tu primera paga. Creedme, muchachos, haremos grandes cosas juntos.

Al regocijado grupo todo le parecía irreal, como en un sueño del que nunca quisieran despertar.

Esa mañana Kinrod comprobó personalmente hasta qué punto llegaba su

pericia y hasta qué punto encajarían con las exigencias del Gremio. Siempre jovial, propenso al halago y susceptible a la risa, les regalaba palmadas de aprobación en la espalda, cada vez más maravillado de sus aptitudes. ¿Por qué, se preguntó, no había buscado gente así en las calles? Después de todo él provenía de ahí. Aunque su experiencia le decía que personas como aquellas no abundaban, y menos como Ládir, que era el alma de la banda, el que les guiaba y enseñaba, el que les protegía y sostenía, en fin, al que amaban y admiraban y casi idolatraban. Aquellas ropas que lucían para gloria y jactancia suya y despecho de otros, ya no le resultaron ridículas e inapropiadas. Encajaban en ellos de extraño modo, cual si en pocas horas sus rostros se hubieran curtido y su temperamento avezado a las penalidades de la vida. Y en cierta manera así era de creer.

En el transcurso de unos días fue en Ládir en quién se operó más rápido este cambio. Incluso parecía más alto. Pugnaba por agradar en todo a Kinrod y, sin que se apercibiera de ello, se desarrolló en su interior un amor filial que era manifiesto en los gestos que calcaba, como en la manera de entonar la voz. De lo cual Kinrod era consciente y se sonreía orgulloso.

Los demás compañeros reconocían tácitamente la superioridad del Manos-ágiles. Le debían demasiado como para que por eso le profesaran rencor. Sin embargo, el afán de superación creaba una competitividad que tampoco pasaba inadvertida a los ojos de su mentor.

Este, en cierto momento, por completo convencido, se decidió a mostrarles el emplazamiento del Gremio sin que constituyera riesgo ni peligro para la sociedad secreta. Porque de cómo arribó a dicha conclusión y de las peripecias por las que atravesaron, no siendo objeto de este relato, lo dejaremos para más adelante. Así que los condujo a un edificio de madera y ladrillos que se erguía en el centro de la ciudad, más allá de la zona conocida por el gueto, negro y sórdido, más allá de las murallas interiores, cerca de la nobleza urbana, pero no lo suficiente como para contagiarse de sus afeminadas costumbres.

Eso, les hizo saber Kinrod, era la sede de operaciones del Gremio. Su voz adoptó sentida grandilocuencia al hablar y los ojos emitían destellos vivos al hacerlo. Allí, siguió, se fraguaban intrépidos planes e incursiones a los templos del clero, perfidias e intrigas sociales al gobernador, renombrados asaltos a las

arcas del reino; todo el conjunto de acciones que engrandecían el noble arte del latrocinio.

En la entrada se toparon con un hombre cuya barriga abultada se descolgaba irremisiblemente por encima de un cinturón desbordado hacía tiempo por la insuficiencia de su longitud. Les cedió inmediatamente el paso mientras se enjugaba el sudor de la incomodidad con un pañuelo diminuto para las dimensiones de su papada goteante. Kinrod pasó por su lado dedicándole una mirada grave.

El interior era un cúmulo de resplandeciente riqueza que los muchachos contemplaron arrobados y boquiabiertos por cuanto que trascendía los límites de su imaginación y experiencia en lujos mundanos. Aquello iba más allá, todo era ensueño y paraíso en el recinto: la luz se repartía en oleadas cegadoras al pasar por delante de las cristaleras galopantes nubes, que diariamente se afanaban por admirarlo, siquiera de forma fugaz; el sonido rebotaba en los mármoles y los blasones, se mecía en moquetas y tapices entreverados con una maestría no terrenal o se mezclaba con las sinfonías de los cristalillos y las fuentes danzarinas. De todo esto se embriagaron los ladronzuelos, refrigerada la vista, abrumada la mente y transida, tamaña copia de oro tiñendo la piel. Si acaso habían penetrado el reino de los cielos, no habían sido conscientes en qué momento o lugar.

Superada la impresión inicial, entraron a una sala rectangular más en concordancia con el mundo que pisaban en cuyo centro se sentaban unas personas en torno a una mesa atestada de papeles, pergaminos y otras cosas que no supieron identificar. Se incorporaron cuando Kinrod efectuó su aparición y los saludó fríamente, si bien uno de ellos, Giboso y de miembros nudosos, abrió una boca desmesurada y oscurecida para responderle en estos términos:

—¡Kinrod! Cuánto tiempo, hermano. Veo que al fin te dejas ver. Tu compañía es muy digna de ti.

El personaje que tanta sorna e ironía impregnaba en su comentario se refería al espacio de tiempo que este se había ausentado del Gremio para probar la entereza de los chicos como arriba hemos dicho.

—Déjate de representaciones, Bolgar, tu carácter insidioso me asquea. No es nuevo para nadie— fue la lacónica explicación.

Ládir, que nada conocía del Gremio, ni de la organización, ni de la infraestructura, enseguida cayó en la cuenta de que ese tal Bolgar era parte importante de él, así como lo podía ser Kinrod, y antagonista suyo en la marcha y dirección común. Los demás ocupantes de la mesa no profirieron palabra de réplica, apretada la mandíbula por la tensión. Cuando el ladronzuelo examinó subrepticamente al enteco y desgarbado personaje que se mordía el labio de rabia e irritación una extraña sensación le asaltó. Familiaridad.

—Estos mozos permanecerán aquí el tiempo que dure su aprendizaje en el arte—. Si Kinrod no hubiese hablado la escena se hubiera prolongado hasta el infinito. Bolgar realizó ademán de querer tomar la palabra, pero éste se anticipó—: Sé que ponen en peligro la seguridad y buen funcionamiento de la hermandad, sin embargo son mejores que la mayoría de tus hombres.

Tal dijo, y, moviendo ligeramente la cabeza a modo de saludo, desapareció tras la puerta, dejando con el comentario hiriente a Bolgar, que se quedó rígido, la mirada cargada de odio y deshaciéndose en denuestos. En el último instante, Ládir pudo apreciar por la comisura del ojo cómo resoplaba su boca cruelmente deformada y cómo sus manos se retorcían en un sortilegio ominoso. Un frío estremecimiento atravesó su espalda.

Capítulo 6

—¿De modo que vosotros, gusanos inmundos, deseáis aprender los secretos del arte, eh?

Este fue el áspero recibimiento que les dispensó Bolgar a los muchachos cuando a la jornada siguiente se presentaron a él muy a pesar suyo y de Kinrod, puesto que las tareas internas eran cometido suyo exclusivo. Su tono estaba impregnado de rechazo y de rabia mal contenida por tener que hacerse cargo de ellos, a los que despreciaba solo por el hecho de ser protegidos de su rival.

—¡Pues empezaráis bruñendo las armas hasta convertirlas en espejos!

Los posteriores días fueron exhaustivos; limpiar, fregar, abrillantar, encerar suelos, recoger desperdicios; cuantas tareas se negaban los veteranos a ejecutar. Kinrod parecía haberlos abandonado al desamparo y la esclavitud, sometidos a los gritos e imprecaciones de intransigentes desconocidos. Apenas dormían y si lo lograban la voz amarga de Bolgar les sacaba con sobresalto de su agitado sopor o la sombra de su joroba se cernía sobre ellos al acecho como un buitre impío. No obstante, aquellos pequeños ojos penetrantes que todo lo veían les resultaban perturbadoramente conocidos.

Mas los sufridos muchachos no proferían queja alguna. En el fondo de sus ánimas sentían inmensa felicidad y regocijo ante el giro inesperado de sus vidas, ante la perspectiva de un futuro preñado de promesas. Sabían que tenían que pagar un elevado precio por estar donde estaban, aunque ese precio incluyera el menosprecio, el trabajo poco gratificante y el despotismo de un sujeto que les rebajaba a la condición de animales. Algún día lograrían su objetivo y entonces podrían desquitarse de los agravios y vejaciones de ese contrahecho torturador.

Entre tanto ajetreo nadie podía predecir que una noche iba a desatarse una pesadilla macabra en la monotonía del lugar.

Aquella jornada había traído consigo una actividad intensa de cuerpos sudorosos entrando y saliendo, transportando misivas, paquetes y accesorios. Para el grupillo de aprendices no fue menos dura, que iban de un lado a otro siempre a las ordenes de cuitosos oficiales. Una frugal comida les proporcionó

unos momentos de respiro antes de hacer frente a la acelerada tarde y sus ocupaciones incontables.

Por ello la sede del Gremio por la noche era un redil de ronquidos.

Los renacuajos de Kinrod, ese apelativo, muestra de la aversión que Bolgar les profesaba, les servía de identidad para divertimento de muchos, dormitaban en una reducida alcoba donde se apretaban los colchones y se entremezclaban los olores corporales. Pero una alcoba la fin y al cabo. Las reposadas y rítmicas respiraciones manifestaban lo profundo del sueño, lo agotador del trabajo.

Sin embargo había una persona que no dormía. Ládir, a la tenue luz oscilante de una vela que derramaba su cera en el cabezal de la cama, echado boca abajo, apoyado sobre los codos, contemplaba más reflexivo que minucioso, una de las cartas obsequiadas por el buhonero Bolvakan. Se preguntaba si en verdad aquel pedazo de cartón le había traído su buena estrella. Una gruesa línea negra la encuadraba, en las esquinas trazaba arcos toscos y desiguales. Dentro del contorno la graciosa representación de una doncella de belleza extraordinaria atraía irremisiblemente la mirada del muchacho. Si bien estos y los demás detalles pasaron inadvertidos a su mente, la cual exploraba otras esferas.

Cualquier otra persona, débil, poco animosa, habría desesperado por el trato indiscriminado y vejatorio al que le sometían; mas no él, que desde el principio lo había considerado un problema menor. No iba a ser un camino de rosas. No. Se mofaba de lo imprevisible del destino. Un mes atrás eran unos vulgares rateros que medraban por los descuidos de unos pocos y la clemencia de los más. Ahora, gracias al viejo buhonero y sus cartas de la suerte, pertenecían a una sociedad ladronil cuyo prestigio provocaba respingos al oído del gobernador... y del rey. Se sentía ufano, pletórico, porque era un conjunto anónimo, sin glorias particulares pero con grande honor para todos, y él se podía considerar uno más. Era como si un ciego además de recuperar la vista, pudiera ver a través de las paredes.

—Delicada amiga, pronto podremos salir en audaces misiones y tú serás la responsable de mi suerte— susurró a la dama del naipe.

Luego la besó y la apretó contra su pecho para quedar inmediatamente sumergido en el mundo de los sueños.

Pero he aquí que la carta tan fuertemente asida por la mano de Ládir se deslizó por las sábanas hasta el suelo. La figura femenina de su interior empezó a desdibujarse en una voluta de humo anaranjado, que se removía y ascendía como un torbellino. Durante un instante el remolino pictórico se estancó en el aire. Después se fue compactando y materializando en la esbelta mujer que era antes. Todo el humo había desaparecido y en su lugar se erguía el dibujo animado del naípe.

Acompañada por el destello infernal que sus ojos despedían, dejó atrás la habitación sin generar ningún tipo de ruido se internó por el pasillo. Aquel espectro femenino avanzaba casi sin pisar el suelo, silencioso, aterrador, mas con paso seguro, implacable, y con un destino. Quién podía imaginar qué mente maligna guiaba ese horror coloreado, qué poder nefasto estaba siendo desplegado. Se detuvo. A la vuelta del corredor el pasillo finalizaba en la dependencia de Kinrod. Un hombre velaba el descanso de su jefe y de sus compañeros.

Era noche cerrada y corría cercana al alba. El que efectuaba la guardia estaba recostado contra una pared, semiadormecido, de vez en cuando la cabeza descolgándosele sobre el pecho. En su lucha contra el sopor invencible echaba ojeadas a su alrededor y movía el cuello cada vez más entumecido.

Entonces la vio. Se incorporó con gran sobresalto de sus ojos y gran agitación de su corazón. No daba crédito, en la esquina, el perfil voluptuoso de una cadera, que se contoneaba incitante y la curva generosa de un seno, se le ofrecían frívolamente. La distancia y las tinieblas le impedían discernir más detalles, con lo que se aproximó totalmente inflamada su lascivia. El cabello, desmelenado en sensual caos, ocultaba sus facciones, que de seguro serían de una hermosura sin par. Ya casi podía empaparse del extraño perfume que su cuerpo emanaba.

Enceguecido por la pasión más brutal, corrió a los brazos que la etérea dama le tendía sin darse cuenta de su naturaleza inhumana. Cuando quiso embriagarse con el contacto de su carne, sólo abrazó aire y, por más que su perplejidad le invadiera, fue en balde. Al cruzarse las miradas cayó presa del espanto, pues las llamas perversas de sus ojos le desvelaron un terrible fin. Intentó zafarse a la desesperada, perdido todo vestigio de raciocinio, mas la espectral dama aplicó sus labios en un beso de amor que le absorbió la savia

vital.

Sin otra consideración lo soltó como un fardo inerte y se dirigió a la habitación de Kinrod. Un segundo más tarde se hallaba dentro, impávida, contemplando los cuerpos dormidos mientras los dientes asomaban en sanguinaria sonrisa. Se colocó junto a ellos con la delicadeza de una amante, acariciándoles suavemente con primor. Algunos, con ese aturdimiento del que ve interrumpido su sueño, cuando las brumas oníricas aún no te devuelven al mundo real, llenándote la visión de sombras imprecisas y difusas, lograron discernir su silueta cautivadora antes de que la sangre salpicara las paredes...

El amanecer se vio rasgado por estentóreos gritos de terror e histeria cuando descubrieron los cuerpos mutilados de sus compañeros. Kinrod, que volvía de tomar el aire fresco, fue el que dio la voz de alarma. Esa noche se sentía intranquilo y no lograba conciliar el sueño. Ahora conocía la causa de su resquemor: alguien había intentado asesinarle. Lleno de repugnancia comprobó que el asesino, de pura y conmovedora depravación, se había deleitado pintando los cuerpos de las víctimas, sus amigos. Una cólera amarga se apoderó de él.

—¡Esto es obra del mismo sádico demente que perpetró la matanza en el callejón!—rugió, rojo de furia— ¡Alguien tendrá que pagar este crimen!

Los muchachos, que aún parpadeaban estupefactos por el griterío, se sobrecogieron cuando Kinrod irrumpió como un torbellino en su cuarto. Se dirigió sin vacilar a Ládir y lo levantó en volandas de la cama de manera brusca. Manos-ágiles palideció de espanto.

—¿Dime, bastardo, qué hechicerías empleáis para sembrar el pánico en mi casa?—. Entretanto lo zarandeaba como a una marioneta.

Ládir no acertó a contestar, las palabras se paralizaban en su garganta oprimida por el estupor. Sus compañeros observaban la escena igual de asombrados.

Kinrod lo soltó suspirando a la vez que se restregaba la mano por la nuca y renegaba por lo bajo.

—Lo siento, chico— se disculpó un tanto embarazado, tratando de serenarse—. Me he dejado arrastrar por la furia y la impotencia.

El ladronzuelo todavía temblaba. En sus ojos se reflejaba la total ignorancia, la total inocencia.

—No entiendo— tartamudeó.

Kinrod adquirió una expresión de gravedad.

—Esta noche se ha cometido un crimen terrible. El asesino ha fracasado en su intento por matarme pero se ha cobrado muy cara venganza. No importa...

Con semejantes palabras se marchó.

A lo largo de ese día la crispación se cernió sobre el Gremio con su pesada manta, que densa y pertinaz, creaba una atmósfera de celo excesivo e intranquilidad atormentante. Cada cual veía un enemigo en los demás y todos llevaban el pomo de la espada aferrado, grandes sombras oscureciendo sus semblantes mientras aguardaban el retorno de su jefe.

Kinrod había despachado representantes al gobernador y al obispo con el propósito de que presionaran las altas instancias. Si bien de todos era sabido que sus relaciones atravesaban momentos difíciles para el entendimiento y el consenso, ocasiones como esta servían de plataforma de futuras negociaciones. Puesto que si la cúpula del gremio se tambaleaba, el orden y equilibrio en la ciudad y el estado de cosas, consecuentemente, verían amenazada su estabilidad. Él mismo se había personado en la sede del Gremio de los asesinos, con quienes gozaba de excelente trato y amistad, para esclarecer el enojoso asunto. Porque cometer un homicidio, ajuste o violación a espaldas suyas era hecho de locura absoluta. De tal modo estaban repartidos los poderes fácticos sin que un insecto volara por iniciativa propia.

Mas Ládir, ajeno a estos hechos y a las demás intrigas, tenía sus motivos de congoja. ¿Por qué Kinrod había sospechado de él después de las pruebas de lealtad que había mostrado? Su quebranto aumentó al echarse mano al bolsillo para su consuelo y constatar que la carta de la suerte no se hallaba dentro. Toda búsqueda fue en vano.

Por esa razón el pequeño pillo se revolvía una y otra vez en su cama, comido por la desazón y el presentimiento de lo funesto. Aunque los ojos estuvieran cerrados, la mente permanecía atenta y los oídos alerta.

Y así fue cómo con gran terror vislumbró una bruma roja que cobraba apariencia humana, una pesadilla sobrenatural que desaparecía por la puerta sin que él tuviese tiempo de asimilar la visión. Inmediatamente supo que aquello era la fuente de los asesinatos que tanto revuelo habían levantado. Se

irguió como por resorte, de un salto, y con el ruido despertó a Randor.

—¿Eh, qué pasa?— preguntó entre bostezos.

—No hay tiempo para explicaciones— le apremió, silenciándolo con el dedo.

Cuando pasó al lado de la cama de Querek, Manos-ágiles se estremeció al descubrir una de las cartas junto a los pies de su catre. Ambos, inconscientemente, se palparon el bolsillo, efectuando un gesto de sorpresa y miedo. Ládir la cogió y un escalofrío hizo que sus dedos la soltasen. ¡Carecía de imagen!

—Ahora empiezo a explicarme muchas cosas— el brillo del entendimiento iluminó su rostro.

—¿Qué pasa?

—Sígueme y calla.

Antes de salir se armó de valor y volvió a coger el pedazo de cartón a pesar de su repulsión. En el pasillo no encontraron a nadie ni señales de la espeluznante caricatura. Pero supieron adónde encaminarse. Emprendieron la carrera sobre la alfombra mullida que se tragaba sus pasos. Randor, que seguía aturdido, soltó un resoplido de espanto y arrugó la cara al atisbar el cuerpo sin vida del centinela de Kinrod. Su cabeza estaba separada del tronco y un rastro de pintura mancillaba el suelo. Ládir miró el cartón de su mano y asintió para sí.

Al otro lado de la puerta escucharon gritos y el desenfundarse de una espada.

—¡Kinrod!— bramó el ladronzuelo todo lo que le fue posible a modo de aviso.

En la estancia dos hombres en suma enajenación de pavor lanzaban sin parar estocadas al engendro que avanzaba sin inmutarse. Los aceros traspasaban su materia oleosa y roja como si de humo se tratara. Era, a toda semejanza, la recreación de un verdugo, con su enorme hacha blandida a dos manos. El malvado dibujante que lo había concebido no había escamoteado detalle alguno para conferirle aquel aspecto siniestro. Las botas y los pantalones pintados en negro; el torso desnudo por el que se cruzaban unos tirantes de cuero claveteados; y el embozo que cubría sus facciones, más aterrador que si las hubiera mostrado. Pero lo que causaba verdadero

desmayo era la negrura implacable que dimanaban las cuencas vacías tras las aberturas en la capucha.

Entonces la sobrecogedora aparición extendió los brazos, trazando un semicírculo con el hacha, que fue a caer con todo su peso sobre los paralizados y vociferantes ladrones. Ambos perecieron ahogando un estertor de agonía, desorbitados los ojos y con la expresión del que ha vivido algo más fuerte que su entendimiento. Sus cuerpos se hallaban impregnados del maligno colorido.

Kinrod saltó del lecho justo en el instante en que el espectro se abatía sobre él. Sintió cómo el aire que arrastraba el arma acariciaba sus pelos de la cabeza. Un leve mechón de pelo se tiñó de verde resplandeciente. El semblante del ladrón estaba congestionado por la impresión y casi desencajado. La imagen rojiza se reflejaba en sus pupilas dilatadas moviéndose frente a él y preparando un nuevo golpe. Se desplazaba con una lentitud pasmos, como sabedora de que es imposible librarse de su poder.

Todo esto lo contemplaba la pareja, desalentada, gimiendo por la suerte de su mentor. No solamente el terror, sino la impotencia les embargaba.

—Largaos, idiotas— les conminaba Kinrod mientras esquivaba de nuevo la tremenda hoja del hacha.

La agilidad del ladrón le mantenía fuera del alcance del dibujo animado, no dando este muestras de impaciencia o cansancio. Lo perseguía a través de la habitación como el gato que se divierte con el ratón antes de darle muerte.

En cuanto Ládir se recobró de la conmoción que le había bloqueado los sentidos y la razón, reaccionó pasando por debajo del engendro en dirección a la chimenea, que repartía lúgubres luces igual que lo hacen los infiernos.

—Estás loco, chico, lárgate— le mascullaba Kinrod.

Pero Manos-ágiles desoía sus desesperados mandatos. Y reía. Reía de triunfo frente a la aparición pictórica, que por primera vez agitó su embozo en lo que podría considerarse una muda exclamación de pánico. Si hubiera poseído voz, un alarido desgarrado habría hecho retumbar las paredes cuando Ládir le mostró el naipe con aire malicioso y travieso y lo arrojó al fuego.

El dibujo viviente, así como el fuego envolvía el cartón, lo quemaba y lo arrugaba, se recubrió de llamas y se enroscó sobre sí mismo en tanto se consumía. El contorno del horror se difuminó en un sordo estallido cuando la

estampa se redujo a cenizas.

La pesadilla había cesado, mas el pecho de Kinrod aún se agitaba por haber tenido tan cercana la muerte. De pronto la estancia se llenó de una multitud alterada, de entre la que surgió Bolgar con gran vocerío:

—¿Qué está pasando aquí?— no se refería a nadie en particular sin embargo su mirada se clavaba en Ládir—. ¡Estoy harto de muertes inexplicables y de veros siempre mezclados en ellas!

Su voz sonaba a acusación. Kinrod abrió la boca para replicarle pero desistió ante un ademán silenciador por parte del Manos-ágiles. Sin duda él podría y tendría que aclarar varios misterios.

—Alguien ansía con fervor mi muerte— fue la escueta respuesta que le arrancó.

A la mañana siguiente los muchachos se reunieron con Kinrod en el margen del río, donde todavía se encontraba su antigua cabaña encaramada a un árbol. Habían escogido dicho lugar para poder expresarse con entera libertad, pues desde hacía varios días el clima de inseguridad y desconfianza se había tornado irrespirable. La única persona en quien confiaban plenamente era Kinrod. Ládir, que había pasado largas horas de insomnio, tuvo tiempo de unir todos los cabos sueltos hasta que sus resquemores tomaron sentido.

—El viejo Bolvakan se ha servido de nosotros para sus abyectos propósitos, nos ha engañado y nos ha entregado a la muerte, que llevábamos en el bolsillo, inconscientes del peligro— declaró ante las atónitas miradas de sus compañeros, boquiabiertos e incrédulos. Aunque la historia que les acababa de narrar era demasiado escalofriante para ser falsa.

En esto, los que aún conservaban su carta, la rompieron en minúsculos pedazos y después la entregaron al fuego con aprensión. Las diabólicas figuras impresas en el cartón se revolían frenéticas por desligarse de su prisión, pero una a una se descomponían entre chisporroteos.

—Sería conveniente visitar a ese buhonero. Me da la impresión de que sabe demasiadas cosas— sugirió con sorna el jefe de los ladrones— ardo en deseos de averiguar quién se oculta detrás de ese viejo.

No obstante, ya todos tenían una imagen clara y definida del culpable en su cerebro.

Capítulo 7

—¡Buenos días, mis queridos amigos!— Los recibió Bolvakan, realizando juegos malabares con unas maderas extrañamente diseñadas como tenía por costumbre—. Veo que estáis más gordos, la nueva vida mantiene vuestros estómagos llenos ¿eh?

Ládir lanzó un suspiro apesadumbrado, sabía que si no detenía su perorata, esta nunca acabaría. Todo en él era un gesto de abatimiento.

—¡Oh! ¿Pero qué veo?— Su tono pretendía ser triste—. ¿Qué no sois felices? ¿Acaso no os tratan debidamente? Lo último que desearía es que mis consejos y ayudas no os fueran gratos, mis hijitos.

—Tenemos una terrible pena porque nuestras cartas de la suerte han desaparecido — recitaron todos a coro, en verdad afligidos.

La faz tiznada del buhonero se iluminó.

—¿Sólo es eso? ¡Vaya un problema!— se rió—, ahora mismo os lo soluciono, entrad, entrad.

Los chicos, debajo de sus rostros compungidos estaban ufanos. Claro que tenían miedo, los nervios les punzaban y la tensión se hacía insufrible, mas la experiencia de ser los protagonistas de la intriga más importante sucedida en los últimos años era superior a todo ello.

El viejo buscaba y rebuscaba entre montañas de papeles con fingido acto de ansiedad.

—¿Dónde los habré puesto?— repetía—. Deberéis ser más cuidadosos en adelante, mis jóvenes amigos, no tengo tantas cartas como para ir regalándolas a todo el que las pierde. Además mi vista ya no es la de antes. ¡Ah, aquí están! Por fortuna aún me quedan las suficientes.

Y les mostró cuatro nuevas cartas.

—¿Dónde está tu joroba, Bolgar?— pronunció una voz atronadora por detrás de los ladronzuelos. Perteneecía a Kinrod, que, como tenían planeado, les había seguido al interior de su guarida. Venía solo.

Bolvakan, lívido de espanto, se quedó rígido en su sitio. Sus ojos eran los de un lobo acorralado. En su mano, las representaciones infernales de las cartas palpitaban como el engendro que cobra vida. Era como si percibiesen el

peligro en que se encontraba su creador y se aprestasen a socorrerlo.

—Apartaos, amigos— instó a los chicos en actitud defensora—, este hombre quiere haceros daño. ¿Qué quieres de un pobre viejo, tú que te atreves a asustar a unos inocentes niños?— pero su voz temblorosa le delataba.

—¿Qué insidiosos planes te han empujado a matar?— insistía Kinrod al tiempo que se adelantaba hacia él.

Le arrancó de un tirón la peluca y la barba postiza. Los hombros de Bolgar se derrumbaron, dejando de manifiesto la gibosa espalda. Aquella amabilidad y locuacidad se había desvanecido, instalándose en su lugar el característico rictus adusto y desdeñoso.

Kinrod desenvainó a medias su cuchillo, permitiendo que el destello de su hoja se reflejara en la mirada fulgurante de su contrario.

Las criaturas de color se debatían en los reversos de las cartas.

—Ya conoces la suerte de los traidores. «El Gremio no se abandona, no se traiciona»

Bolgar retrocedió unos pasos. Sabía a lo que se refería. Muy lentamente alzó el miembro que sostenía las cartas, mostrándolas ante la estupefacción y terror de los otros como el que enseña la baza ganadora. Sus finos labios adoptaron un rictus avieso y demente, la mirada testimoniando sus malignas intenciones.

—No, esta vez no te saldrás con la tuya, Kinrod. Ya has interferido bastante en mis asuntos. La culpa es mía por subestimar a estos niños. Pero ahora todo se arreglará.

Y las soltó. La escena quedó unos instantes congelada mientras las cartas caían al suelo, trazando espirales y repartiéndose al azar. Ninguno reaccionó, no pudiendo apartar la vista de su vuelo. Las carcajadas enajenadas de Bolgar llenaban el espacio y horadaban sus oídos con su cruel timbre.

Entonces se desarrolló todo a una celeridad vertiginosa. Las criaturas pugnaban por materializarse y ejecutar su cometido. Rápidamente, en cuatro puntos diferentes del lugar aparecieron las brumas remolinantes de las que tenían que tomar cuerpo y colorido. Algunos contornos de pesadilla empezaban a delinearse: unas fauces, unas garras, piel correosa. En pocos segundos los engendros habrían finalizado la transformación.

Por una parte, Ládir, cuya voluntad había sido más fuerte que su miedo,

había activado todos los músculos y reflejos de su cuerpo para pasar a la acción. La proximidad de la muerte era un eficaz acicate capaz de otorgar fuerzas donde antes sólo existía desmayo y flaqueza. Evaluó la situación con una mirada somera, pues la urgencia no permitía otra cosa, y se lanzó de un salto hacia la carta cuya bruma se retasaba en el proceso. Un escalofrío recorrió su espalda pero no dudó. Cogió el cartón y lo despedazó con el frenesí que da la furia y la desesperación.

El ser que se materializaba, como sabiendo su final, se debatió en zarpazos vanos e incontrolados. No obstante, las exiguas líneas de su ser se desvanecieron en jirones, tantos como las partículas a las que había sido reducida la carta por las manos desenfundadas del Manos-ágiles.

—¡Frul, tu cuchillo!— solicitó, sacándole del aturdimiento al que le había sumido la espiral latiente donde los colores cobraban dimensiones centellantes.

Dio un respingo y todo él se bañó en sudor. Tenía que pasar delante de aquel horror para atender la petición de su amigo. Las rodillas negaban a sostener las piernas, de repente de plomo. Sin embargo algo dentro de él se rebeló y le asaltaron oleadas de furia roja que cegaron sus ojos. Rugió como un animal y se abalanzó sobre la estampa sin que le importara el aspecto inmundado de la caricatura infernal. Apuñaló el cartón una y otra vez, presa de la ira, hasta que lo descompuso en una pulpa informe. Al igual que el anterior, el dibujo que se formaba, se disolvió como niebla que arrastra el viento.

Randor quiso realizar lo mismo, mas ya era tarde. El instante que había titubeado, en lucha contra el temor, había bastado para que se completase la compactación de la criatura, un engendro animalesco que no guardaba ningún parecido con cualquiera de las bestias terrestres, los ojos relucientes de malignidad y los colmillos chorreando veneno.

En el otro extremo, la cuarta creación animada se aprestaba para abatirse sobre ellos entre un cúmulo de cadenas y ganchos. No se discernía bien su aspecto dado lo borroso de su tosca factura, pero los ganchos acerados eran de por sí motivo de espanto. Los muchachos contuvieron el aliento y cerraron los ojos esperando sentir en cualquier momento desgarrarse su carne.

Mas ese momento no llevo.

Por otra parte, Kinrod, con la agilidad y experiencia de toda una vida de robos, asaltos y persecuciones, no dejó que el miedo bloqueara su mente y se

colocó de un salto al lado de Bolgar, que reía delirante. Detrás de él, los ladronzuelos, en tanto había avanzado, contemplaban horrorizados cómo los espectros colorados emprendían vuelo hacia ellos.

Todo había sido un desquiciado instante de desesperación, de terror brumoso y cegador. Y como una exhalación, así acabó. Kinrod hundió su daga en la figura contrahecha de Bolgar y sus carcajadas se tornaron un gorgoteo agónico. Los seres, a idéntico ritmo de los espasmos y convulsiones de su creador, que sangraba arrastrándose por el suelo, se entremezclaban una y otra en su agonía común, difuminándose los colores y creando un solo ser de tonos chillones y confusas formas. Cuando Bolgar expiró con su último resuello, el ente se disolvió en una lluvia de pintura que empapó a todos.

La pesadilla había cesado. Los manejos de Bolgar también.

Hasta que no se alejaron lo suficiente de aquel reducto de maldad, no suspiraron aliviados. Todavía les costaba creer que hubiera sucedido en realidad.

—Ahora serás el líder absoluto del Gremio— bromeó Ládir.

—Sí. Y presumo que juntos realizaremos grandes cosas— le correspondió Kinrod con una brillante sonrisa a la vez que lo atraía hacia sí en un abrazo de sincera camaradería.

El Gremio de los Ladrones tenía mucho que ganar con Ládir y sus amigos; ambos intuían que les esperaban muchas aventuras por vivir.

Fin